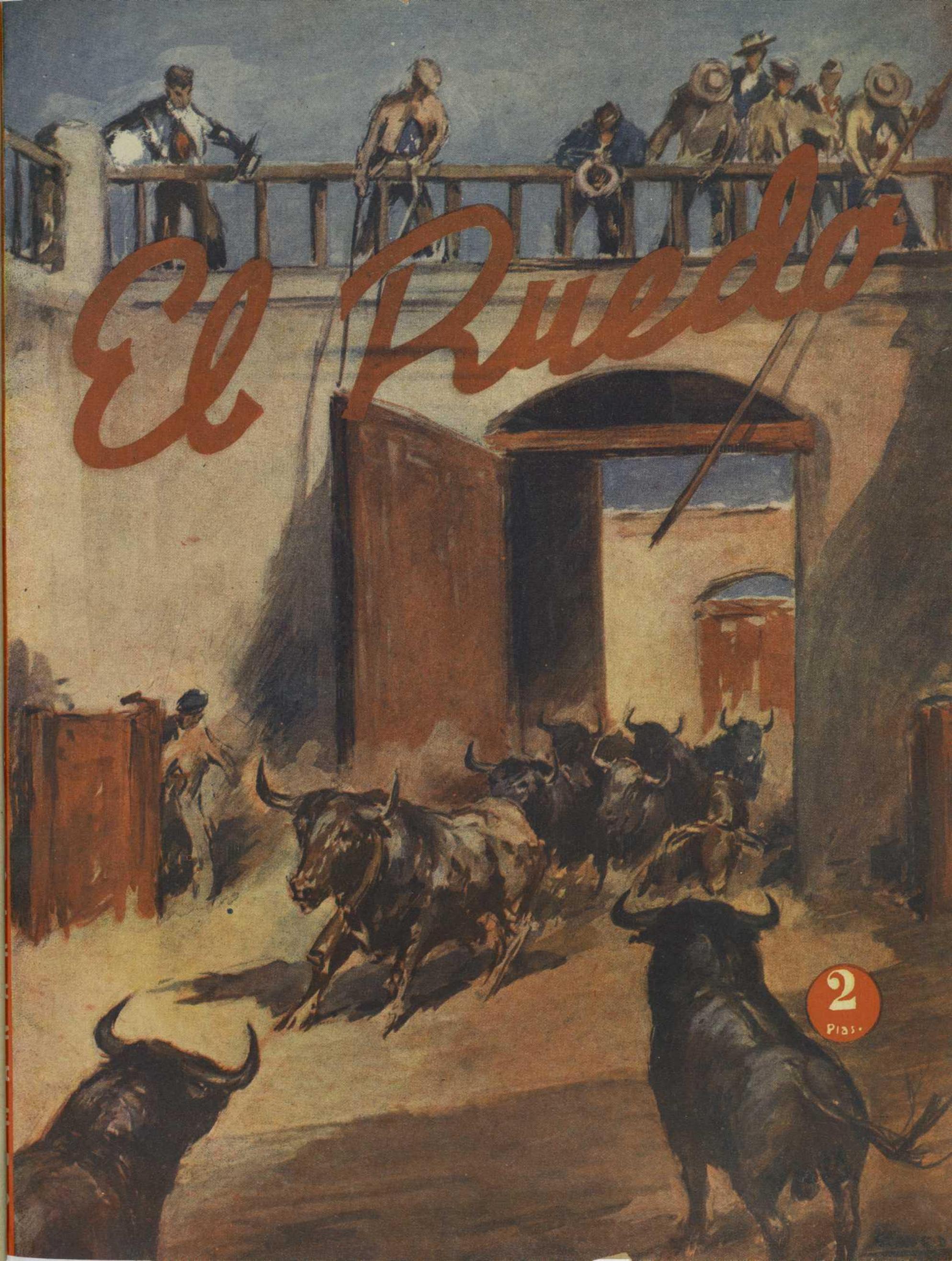
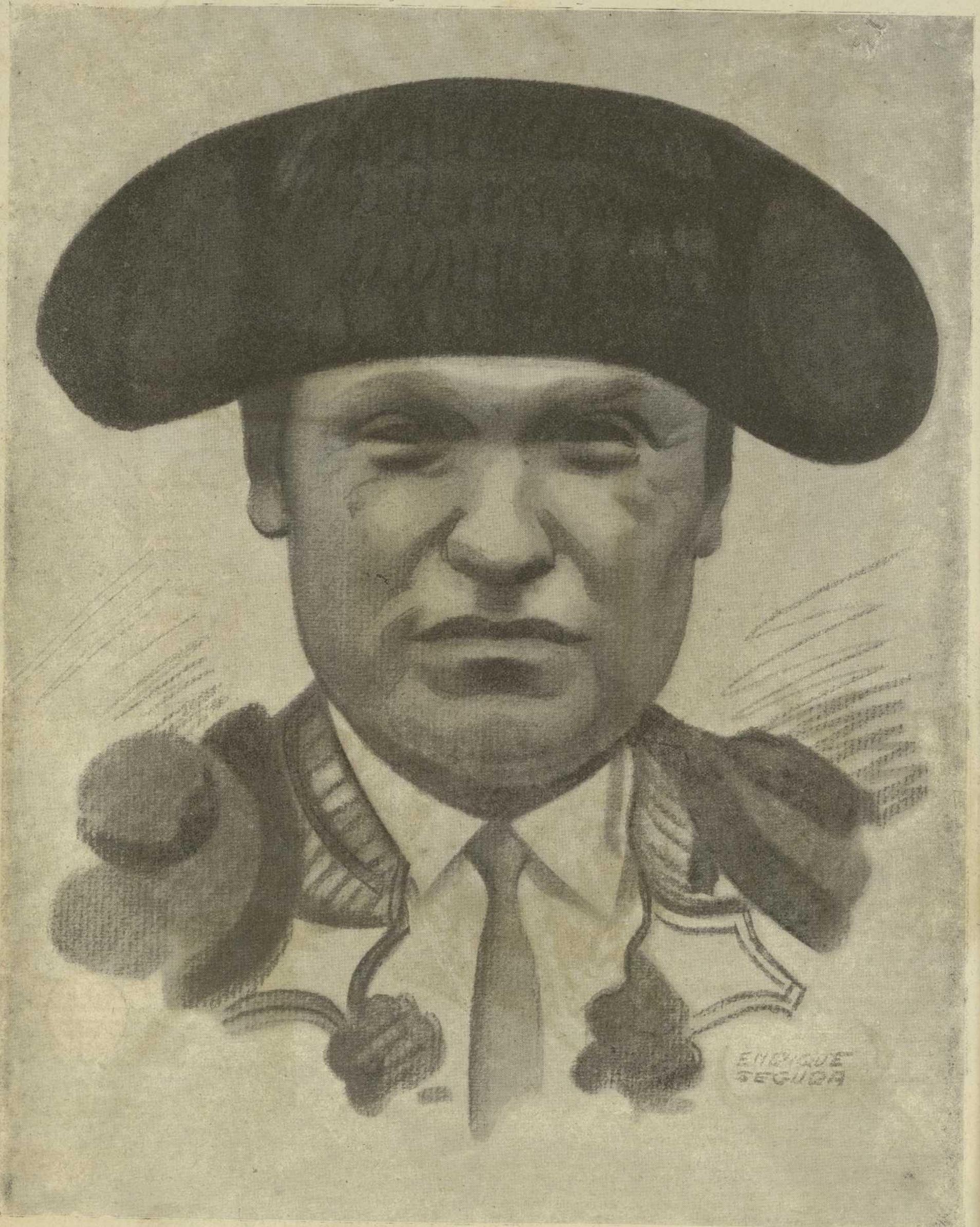


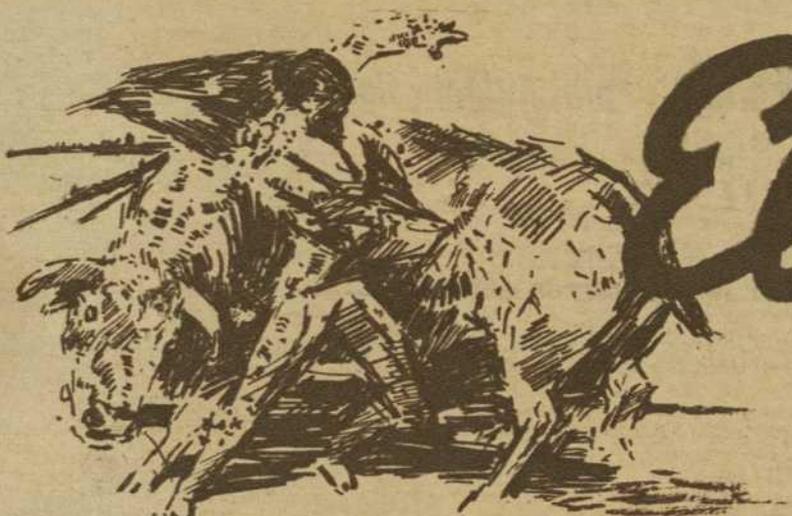
El Ruedo



2
Plas.



Banderilleros actuales: «Rubichi»



Director: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año V - Madrid, 1 de enero de 1948 - N.º 184



CADA SEMANA

TIEMPOS MODERNOS

HAY que admitir que los tiempos cambian. Hasta en la Fiesta de los toros —donde aun quiere refugiarse el último gesto rebelde del anacronismo— han cambiado mucho los modos y las costumbres. Meditemos serenamente ante esta foto y no nos rasguemos con estúpido apresuramiento nuestras vestiduras de clásicos aficionados. Veinte años antes, esta foto quizá hubiera levantado una polvareda de escándalo. Hoy, no. Hoy las cosas se toman con más templanza y con más comprensión. Se vive más intensamente esta vida activa al aire libre. Vida buena y sana que aleja al hombre de la ciudad, del círculo y de la polémica del café.

Entre el cante, el son, el rasgueo de una guitarra, la bota de media caña y este atuendo deportivo, botas de clavos, esquís y pantalón plexford, hay una diferencia notable, aunque los personajes sean los mismos. Tan toreros eran los de ayer como estos muchachos de hoy, que han huido a la Sierra a olvidar su fama, lo que son y lo que representan.

Nosotros no podemos admitir la vieja filosofía de que el ambiente forma el hombre. Preferíamos al torero en la Plaza y al hombre libre, sin prevenciones y sin el «sello» de su profesión en la calle. En esta foto tenemos a un campeón suizo de esquí y a un campeón español. Junto a ellos, dos toreros: Luis Miguel Dominguín y Rafael Albalcín. Si la popularidad no hubiera fijado en todas las retinas estos rostros, cualquiera creyera que Luis Miguel y el Albalcín eran también otros campeones de slalon, y sin embargo, se trata de dos toreros con persona-

lidad, a los que la práctica de todos los deportes no les han podido borrar su estilo de toreros en las Plazas.

Bien está por todos los conceptos esta huida taurina a otro mundo activo del músculo. Estas nieves eternas que cubren estos picachos constituyen un paisaje nuevo para estos muchachos coga-

dos por los calceles de sus vestidos de toreros y por el sol de todas las ferias. Es un paisaje nuevo que borra otros paisajes angustiosos que se vivieron meses largos por todos los ruedos. Aquí el torero abandona sus recuerdos y descansa. Como hombre también tiene derecho a correr libre sin atormentarse con ese sueño mortal de los chiqueros.

Dejemos, pues, que los toreros hagan deporte, aun cuando los clásicos, con más de medio siglo de historia y de recuerdos, consideran todo esto un poco absurdo. Lo principal es que luego estos muchachos en los ruedos cumplan su difícil mandato de toreros. ¡Y ya lo creo que lo cumplen! A los ruedos con esta vida sana se vuelve más alegre, más sano y más decidido.

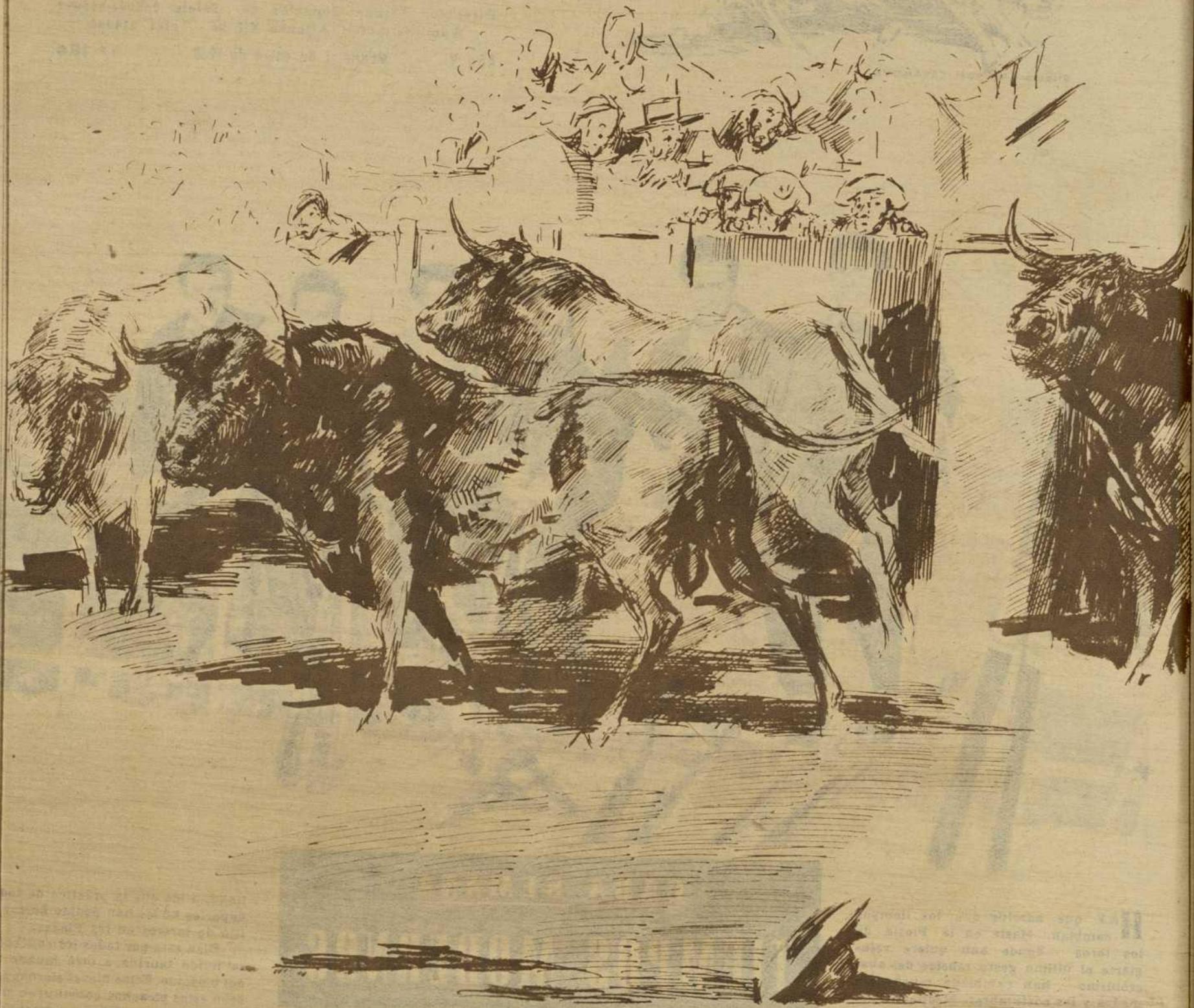
Se puede ser campeón de slalon y se puede ser figura del toreo. No hay incompatibilidades. Si algunos creen que ésta existe, no se puede ni se debe culpar a los toreros. Las incompatibilidades las crean los hombres de la ciudad, del círculo y del peluche. Precisamente esto es lo anacrónico.

Esto no es, pues, una diatriba. Es una pequeña meditación ante una fotografía de 1947, cuando hoy todos los calendarios del mundo señalan el 1 de enero de 1948.

AYER Y HOY, por Antonio Casero

"Año Nuevo..."

En el de 1948 irán saliendo por los chiqueros esos toros...



ANTONIO CASERO

DON LUIS VIDEGAIN CORRIO, CUANDO MOZO, DELANTE DE LOS TOROS EN LOS ENCIERROS DE PAMPLONA

Fué empresario y crítico taurino, y ahora se dedica a la investigación



DON LUIS VIDEGAIN
Las diferentes épocas de su vida

EXTRAÑO mucho —dije a mi acompañante— que ese caballero navarro, empleado en un centro oficial que nada tiene que ver con la tauromaquia, afectuoso y agradable, pero serio en extremo, haya tenido la ocurrencia de fundar un Club taurino y dedique sus horas y su entusiasmo a regirlo. ¿Tú qué piensas?

—No veo nada extraño en esto.

—Yo sí —insistí—. En Navarra hubo siempre afición a la Fiesta Nacional; en tiempos alcanzan justa fama sus ganaderías de reses bravas; célebres son las corridas que se celebran por San Fermín; famosísimos sus encierros, pero... No sé, no sé. Es raro que haya sido un navarro el fundador de este Club Taurino Madrileño.

—Pero, ¿por qué? Navarra tiene una gran tradición taurina. Recuerda la fama de las ganaderías de Guendulain, Pérez de Laborda, Miguel Poyales, Carriquiri, Lizaro, Espoz y Mina, Zaldueño, Alaiza, Cándido Díaz, Fermín López y Gavari, el del Murillo del Fruto. Ten presente que en Navarra nacieron los espadas José Leguregui, «el Pamplonés», que fué uno de los diestros que inauguró la Plaza de Toros de la Puerta de Alcalá, de Madrid; «El Estellés»; Jaime Aramburo, «el Judío», que murió a consecuencia de una cogida que sufrió en Valencia, y Saturio Torón Goyanes. Es navarro Julián Marín, y navarro era «El Licenciado de Falces», inmortalizado por Goya. Recuerda también que los novilleros Casto Díaz, «Gastoncillo», «Chiquito de Pamplona», «Ligerito», Miguel Olza, «Vaquerín», Cándido Tiebas, Isidoro Marín y los banderilleros Gregorio Yanguas, «Zapata»; Angel Gracia, «el Chele»; Pedro Chavarrí, «el Chico de Olite», y «El Cubano», nacieron en Navarra.

—Bien; todo eso es verdad, pero insisto en mi extrañeza. Creo que ese caballero que fundó y dirige el Club es algo más que un simple aficionado.

«La primera corrida que vi, y que se me quedó muy grabada en sus menores detalles, y que despertó en mí un entusiasmo grandísimo, fué en el año 1908, en la fiestas de San Fermín, en una corrida de las llamadas de prueba, que entonces se celebraban por la mañana, y en la que los espadas «Lagartijo Chico», «Machaquito» y Vicente Pastor lidiaron tres toros de Lizaso.

Tanto me aficioné a la hermosa Fiesta Nacional, que todos los años mi padre me llevaba a presenciar por los San Fermín la corrida denominada de prueba, y durante el año las funciones que se celebraban por San Fermín chiquito, por Pascua de Resurrección y Corpus.

De aquellos tiempos recuerdo haber visto torear a diestros como «Guerrerito», «Cocherito de Bilbao», «Punteret», «Minuto», «Bienvenida», «Gallo», etc. Las funciones que más se quedaron grabadas en mi memoria fueron, entre otras, una celebrada por San Fermín chiquito, en la que el espada «Murcia» dió muerte a cuatro enormes torazos; cuando debutaron en Pamplona la cuadrilla de «Niños Sevillanos», formada por «Limeño» y «Gallito Chico», y una novillada de Alaiza, bravísima y muy certera al herir, que despacharon la cuadrilla que entonces formaban «Blanquito» y «Belmontito».

Por si esto fuera poco, en la misma casa donde yo vivía existía una fonda en la que paraban la mayoría de los toreros que venían a torear, y no me despegaba de la misma hasta que no veía montar a los picadores en sus caballos y salir a los de a pie camino de la Plaza.

En el año 1913, al ser destinado mi padre de guarnición a Logroño y marchar con la familia, recuerdo de mi estancia en tierras riojanas una novillada en la que resultaron cogidos los espadas «Rosalito» y «Larita», además de tres picadores. También presencié cuando el espada «Paco Madrid» mató seis enormes toros de la ganadería salmantina de doña Maximiliana Hidalgo, el incendio de la vieja Plaza de toros y la inauguración de la actual.

De vuelta a Pamplona, mi afición que iba creciendo, a la que contribuyó mucho la amistad con otros muchachos de mi edad y afición, me hizo correr como buen pamplonico en los encierros. La primera vez que lo hice, poseído de gran pánico, apreté a correr tan pronto como sonó el cohete, entrando en la Plaza de los primeros. Pero ya en años sucesivos, la emoción del peligro me hacía correr pegado a las mismas astas de los toros. Entraba en la Plaza, y las más de las veces tenía que arrojarme al suelo o tomar de mala manera el tablado, ante el peligro inminente.

Claro está que en un tiempo pensé en dedicarme al toreo, cosa que no realicé por la oposición de

mis padres y por mi defecto visual, pues todavía no se había dado el caso, como posteriormente se ha dado, de salir a torear con gafas. Sin embargo, burlando la oposición de mis padres, en las fiestas de varios pueblos de la ribera de Navarra, Aragón y Rioja, probé mis aptitudes toreras en sus clásicas capeas y encierros. Recuerdo que en Miragro, una vaquilla de Zaldueño me pegó un revolcón de padre y muy señor mío. En Villafraña me agarró otra res durante el encierro, y a poco me mata. En Marcilla, otra vaquilla me dió tal pisotón, que tuve que ser asistido en la enfermería y, lo que es peor, rogar a las autoridades que, en el parte que daban al Gobierno civil y que venía reproducido en la Prensa, no figurase mi nombre, como así se hizo, oculto bajo dos equis, para evitar represalias familiares. En las Plazas pueblerinas de Mérida, Caparrosa, Tudela, Estella, Cáseda, Sangüesa, Calahorra, Haro y otras muchas, nunca faltaba mi asistencia al ruedo, mientras se lidiaban las clásicas vaquillas y embolados.

La última vez que toreeé en público merece narrarse con detenimiento. Me encontraba, con motivo de mi carrera, haciendo unos trabajos profesionales en Cáseda (Navarra), y uno de los días me fui a las ferias de Sangüesa, donde se celebraba con motivo de sus fiestas una novillada, en la que el espada, Cecilio Barral, era el encargado de dar muerte a dos novillos. Como epílogo de las corridas, había la costumbre de correr unas vaquillas para los aficionados, y yo, ni corto ni perezoso, me eché al redondel provisto de un guardapolvo. Recuerdo que era una tarde ventosa, y para que pesese más el guardapolvo, metí en uno de sus bolsillos unas piedras. Salió la primera vaquilla, que entonces se lidiaban a asta limpia, y traté de pararme con ella en una verónica; me enganchó y me cortó toda la chaqueta, llevándome el bolsillo derecho y pegándome el gran porrazo. Después toreeé todas las que se corrieron, y que, como sabían latín, me agarraron varias veces. En una de ellas fui enganchado desde el centro de la Plaza hasta la barrera, donde pude desasirme de un pitón. No estuve mal, y la gente me aplaudió. Al domingo siguiente fui con mi entonces novia formal, hoy mi mujer, pulcramente vestido, a presenciar desde un palco otra de las novilladas de feria, y recuerdo que la gente de aquella tierra sangüesina, al verme pasar, se paraba y decía: «¡Quio!, si parece el maleta del otro día».

En privado, he toreado muchísimo en varias ganaderías y encerronas, y donde más frecuentemente, en el pueblo de mi mujer, pues tenían una ganadería de 80 vacas de carne, entre las que solía haber algunas que acometían. Hoy todavía me horrorizo al pensar el ganado que entonces toreamos, sin un mal burladero y con unas tapias altísimas.

Al retirarme de estas actividades me dediqué a ejercer la crítica taurina en *El Chiquero*, de Zaragoza; *Sol y Sombra*, de Madrid, y *Le Toril*, de Toulouse (Francia), entre otras publicaciones; crítica que abandoné para dedicarme a los estudios históricos y a la investigación de la «Historia del Toreo», labor a la que vengo consagrado desde hace muchos años y a la que dedico los pocos ratos libres que me dejan mis actividades oficiales. Tengo hechos los trabajos relativos a unos apuntes para un «Diccionario biográfico de picadores»; «Efemérides taurinas»; un «Diccionario biográfico de escritores, pintores, escultores y demás artistas que han consagrado su actividad a la Fiesta taurina»; una «Historia del toreo en Navarra»; otra en Pamplona; otra de Tudela; otra de Haro; unos «Apuntes de los periódicos, libros y folletos taurinos», y unas acabadas «Historias de las Plazas de toros que existieron en Madrid, en la Puerta de Alcalá y en la carretera de Aragón», entre otros trabajos.

Tengo una excelente biblioteca taurina, con gran cantidad de libros, folletos, colecciones de revistas y periódicos taurinos, carteles, programas, fotografías y demás curiosidades taurinas, abundando en ella muchas publicaciones del Extranjero.

Por tocar todas las actividades taurinas, también fui empresario y organizador de varias corridas de toros y de novillos.

En la actualidad vengo ocupando el cargo de presidente efectivo del Club y he sido el iniciador de estos ciclos de conferencias que tanta aceptación y éxito han alcanzado, hasta el extremo de ser copiado por otras entidades taurinas.

BARICO

LA TEMPORADA DE CORRIDAS DE TOROS EN MEJICO

En la Plaza de El Toreo, el 14 de diciembre, un toro de Pastejé hirió gravísimamente al portugués Manuel dos Santos, que ese día tomaba la alternativa. La corrida quedó convertida en mano a mano «Armillita»-Arruza.



Fermin Espinosa, «Armillita», da la alternativa al novillero portugués Manuel Dos Santos



Al dar un pase de pecho, el de Pastejé, que tenía mucho poder, le empujó y le dió una cornada seca

Dos Santos torea de muleta al toro de su alternativa, llevando en la misma mano el trapo rojo y el estoque

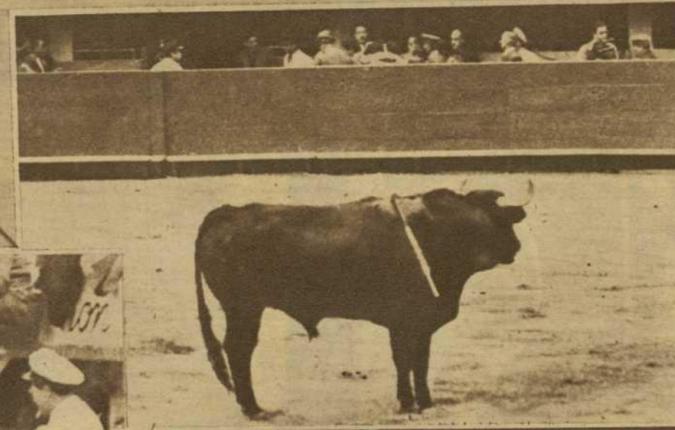


«Armillita» y Arruza reflejan en sus gestos la impresión que les ha causado la cogida

La taleguilla de Dos Santos se empapó de sangre. No obstante, el portugués aun quería continuar la faena



Manuel Dos Santos es conducido a la enfermería, donde le fué apreciada una herida grave



El toro «Vanidoso», de Pastejé, que hirió tan gravemente a Manuel Dos Santos



«Armillita», que remató al toro causante de la desgracia, torea por verónicas al segundo de la tarde



«Armillita» y Arruza reflejan en sus gestos la impresión que les ha causado la cogida

La taleguilla de Dos Santos se empapó de sangre. No obstante, el portugués aun quería continuar la faena



Un par de banderillas de «Armillita»



«Armillita» en un pase con la derecha



Otro pase de Fermin Espinosa al segundo de la corrida

La revolera con que Arruza termina un quite



Arruza invita a banderillear a su compañero «Armillita»



Aspecto de un tendido en la corrida del día 14 en la Plaza de «El Toreo»



Arruza se adorna tocando un pitón del de Pastejé

Arruza viendo morir a su segundo, del que también, como de las del primero, le fueron concedidas las orejas (Fotos Cifra-«Eston», exclusivas para EL RUEDO)



Arruza banderillea



Arruza comienza su faena al cuarto doblándose en unos pases por bajo



Otro momento de la faena de Carlos Arruza a su segundo toro



ARMONIZAN los hombres de color con el ambiente de luz y sangre de las fiestas de toros?

Nos hacemos esta pregunta contemplando la fotografía de un torero negro que ha debutado en Lima. Nuestro hombre está dando un pase con los ojos puestos en el tendido, como hacía "Manolete".

Decía Paul Morand que los negros han nacido para la manigua y para la luz fría, luz de plata, de los cabarets de Harlem.

¿Hasta qué punto puede sincronizar el espíritu negro con el ambiente de las Plaza de Toros?

¿No es el toreo un hecho hispánico, todo lo más hispanoamericano, como hijas aquellas Repúblicas de la Madre España?

Sin embargo, he ahí ese caso de un torero negro, que no es el primero y que no será el último.

¿Comprendemos mejor a un Joe Louis conquistando el mundo a puñetazos que a un Joe Louis artífice de la chicuelina?

Y si sale un torero negro con méritos suficientes, o bien es de Hispanoamérica o bien es que en sus venas hay residuos de España, la gran creadora de pueblos.

Y hasta puede que estos arlequines exóticos de la Fiesta compensen con su arte otras actuaciones taurinas de hermanos suyos de raza, como aquella que se celebró en Barcelona hace nada menos que cuarenta y cuatro años. En la ciudad de los Condes se presentó una cuadrilla de color que dejó, por cierto, en muy mal lugar a la afición de... ébano.

Se trataba de un plantel de toreros negros, capitaneados por el habanero Epifanio Reyes. El festejo fué un desastre, por la excesiva prudencia de los diestros (?), y la Autoridad tuvo que suspender la corrida en vista del escándalo que había en la Plaza. En fin, que cada negro dió el mitin, como si se tratara de un "blanco" cualquiera.

¿Torero negro?

Bien. Puede estar seguro ese espada que si lo hace bien —en España se demuestra esa justicia siempre que hay ocasión—, los aplausos no han de faltarle. Y en Hispanoamérica, que lleva sangre española, sucede igual. Para nosotros, lo mismo ahora que en todo el poderío del XVI, lo importante no es el color, sino el alma, y esta actitud española o hispánica llega a todas las actividades de la vida, porque para nuestra ortodoxia y nuestra sen-

sibilidad lo primero es el alma, y nosotros consideramos al hombre —ya lo dijo bien un glorioso español— como "portador de valores eternos" y como envoltura corporal de un alma que es capaz de salvarse o condenarse voluntariamente, por su libre albedrío.

Esta simple fotografía de un torero negro en la Plaza de Lima nos ha sugerido la reflexión, más que taurina, modestamente filosófica. Haciéndonos recordar una vez más ese sentido caballeresco español que vive en todos sus momentos, en todas sus reacciones, y que hace, no sólo del español individual, sino del español como masa y muchedumbre, un ejemplo de generosidad y de nobleza. Si nuestra pasión, de clima y de raza, lleva, cómo no, a los tendidos nuestros defectos característicos, también lleva nuestras virtudes, y entre ellas,



TOREROS NEGROS

el insobornable sentido de la justicia.

Es decir, España es quizá, de todos los pueblos del mundo, el que más fielmente cumple aquello de "Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". Y en las Plazas taurinas ya puede presentarse el español más puro, que como lo haga mal, los pitos harán tempestades; y ya puede venir un torero de la raza que sea, que como lo haga bien, se lo llevan en hombros...

Y es que en los toros, como en todo lo de España, hay más sentido de justicia de lo que cree la gente.

Manolo Sánchez del Arco, en su libro "Cruz de Guía", habla de la capilla de los Angeles, en el barrio de San Roque, de Sevilla, cerca de ese San Bernardo, cuna de grandes toreros, desde "Cúchares" a Pepe Luis. Pues en aquella capilla está enterrado Salvador de la Cruz, un negro fervoroso y piadosísimo, que fué mayordomo de la Cofradía de los Negritos. (Ese Cristo de la Fundación que en tan bellas palabras describe Luis Ortiz en su grandiosa obra "Semana Santa en Sevilla".)

Lo que deja sin decir nuestro admirado Sánchez del Arco es que Salvador de la Cruz, en época de penuria de la Hermandad —a llá por los días lejanos del siglo XVII—, quiso vender su libertad de esclavo manumitido para, con el producto de la venta, sufragar los gastos de unas funciones de Regla.

El arzobispo de Sevilla, el cardenal Solís, tenía a gala ser amigo de aquel negro "muerto en olor de santidad", y que duerme su eterno sueño bajo unas losas en un rincón piadoso de un torero barrio de Sevilla...

¿Toreros negros? ¿Toreros negros que por querer sentirse tan españoles llegan a ese desprecio de no mirar al toro y fijarse en el tendido?

Mucho que lo celebramos, y ellos saben mejor que nadie cómo España abre a todo el mundo sus brazos. Por eso es ecuménica, universal. Si lo hacen bien, ¡qué importa que en los rostros "no florezcan azucenas"! Y como aquel entusiasta de "Cagancho" que una tarde de Sevilla gritó fuera de sí: "¡Viva la caoba!", todo se reducirá a gritar en otra ocasión: "¡Viva el ébano!"

Porque España —con sus hijas de América— demuestra, y demostró siempre, que en el hombre no es lo importante el color de la piel, sino lo que lleva dentro. ¿Verdad, lector?

JULIO ESTEFANIA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



ENTRE los inevitables festivales, la prolongación de la temporada barcelonesa y esa «corrida de Navidad» celebrada en Tarragona, parecía que este funesto año taurino de 1947 no iba a terminar nunca. Este día primero del año 1948, en el que EL RUEDO saluda a los aficionados, lo esperábamos como a tabla de segura salvación, como al día radiante tras la noche de insobornables oscuridades. Es imposible escrutar lo que traerá en los repliegues de sus días este año que empieza hoy; pero al considerar las tragedias ocurridas en el pasado, nos parece imposible que una mayor desventura pueda superarlas.

Por puro instinto de salvación hemos de hacernos a ideas optimistas, y para ellas nos valen, al menos a los aficionados madrileños, las manifestaciones de la Empresa de las Ventas a través de don Livinio Stuyk. Entre las que hemos conocido por unos u otros, destacan las hechas al dinámico Antonio Bellón, en las que el activo gerente perfila si no lo que será, sí lo que quiere que sea para los inefables concurrentes a la Plaza de las Ventas la temporada de 1948.

«Si el tiempo no lo impide ha —dicho el señor Stuyk—, tendremos los primeros espectáculos taurinos en el mes de febrero. Para ello cuenta, en los cerrados de la Empresa, con medio centenar de reses, entre las que hay unas cuantas novilladas de hierros solventes dispuestas para la lidia. En la Pascua de Resurrección comenzarán las corridas de toros, aunque en esta afirmación, en vez de surgir la condición de «si el tiempo no lo impide», surge otra, no por sabida menos peregrina, de «si los diestros no lo impiden». Una feria con seis espectáculos mayores y algunos menores por San Isidro, claro está, que son los días de máxima fiesta en la capital de España. Y, finalmente, el loable propósito de abaratar las localidades.»

Todo este programa, digno de aplausos, está supeditado al desenvolvimiento, a la actuación mejor, de la política taurina. Puede ocurrir que para comenzar las corridas de tofos en Pascua de Resurrección surjan dificultades —ya están insinuadas— por parte de los diestros que rehuyan el ruedo madrileño, en cuyo caso el señor Stuyk está decidido a seguir con «novilladas y novilladas, ofreciéndoles ocasión a todos los nuevos valores que existan».

Para sancionar a los osados diestros que no se contratan con la Empresa, fulminan una tremenda e incontestable amenaza. Diestro que no se contrate con la Empresa, no podrá torear en corridas benéficas. «De eso —agrega— de un modo contundente el señor Stuyk— pueden tener todos la convicción absoluta de que lo llevaremos a cabo con toda firmeza.»

Bien clara se ve la resolución de la Empresa, y bien se alcanzan sus razones. Si, como parece, tiene conseguido que sus propósitos se cumplan, tiene un gran tanto ganado para normalizar sus carteles, ofreciendo toda suerte de combinaciones atrayentes, que sobre satisfacer a los aficionados, constituirán un éxito para su negocio.

Sin embargo, queda prevista la posibilidad de que si tales propósitos se vieran fallidos, los madrileños presenciarán novilladas y más novilladas, tal y como ocurrió en la segunda parte de la temporada de 1947, lo que constituye también una amenaza, pero esta vez para el sufrido público pagano, ya que del desfile de indocumentados sin planceo no saca otra cosa, en compensación de sus constantes desembolsos ante las taquillas, que un absoluto aburrimiento.

Esperemos, de todas maneras, los acontecimientos taurinos de este nuevo año de 1948 con ánimo sereno y confiado. Si todo rodó tan mal en el año 1947, culminado en la irreparable tragedia de Linares con la desaparición de «Manoletes», indiscutible fundador de una época del toreo que tendrá repercusiones históricas, no esperemos que ocurra otro tanto en el año que empieza hoy. Por lo pronto, no hay más «Manoletes», o hay tantos que resulta imposible que todos desaparezcan de una vez.

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

RECUERDOS de la TEMPORADA

Lo imposible y lo posible

SIEMPRE es grato el recuerdo. Aun en el caso de que sean desagradables, hay recuerdos que los volvemos a gustar con cierto agrado, borrado ya con el tiempo lo que ingratamente nos impresionó. Tal uno que ahora les contaré a ustedes cuando termine una divagacioncita sobre el recuerdo en lo taurino. El recuerdo en lo taurino es importantísimo. Sólo lo excepcional se nos queda prendido en la memoria. Sólo las grandes faenas. Pocas. Escasísimas. Lo demás, allá se pierde, si no en el olvido absoluto, si en la nebulosa de lo confuso y desvaído. Esta es la gran fuerza y la gran debilidad del toreo. Los grandes maestros perviven en el recuerdo de sus contemporáneos. Más tarde, sólo la historia recoge el eco. ¡El recuerdo de una faena lograda y cabal, que, ahincado, se nos queda, cómo vuelve una y otra vez a la imaginación, cómo las imágenes de los pases se nos vuelven a presentar cada vez más nítidas, cada vez más puras! Pocas. Escasísimas. Pero suficientes para consuelo de nuestra afición, siempre latente.

Así, ahora, en el descanso invernal de la temporada pasada —tan pródiga en acontecimientos trascendentales—, dos faenas vienen a mi recuerdo con reiterada tenacidad. Dos faenas disímiles y, sin embargo, pariguales en la maestría. El maestro que las ejecutó fué Domingo Ortega. La una, en Utrera. La otra, en Baza. Las dos, con pocos días de diferencia en el mes de septiembre. La de Utrera, con un toro de doña María Antonia Domínguez, antes Pedrajas. La de Baza, con un toro de su propia ganadería, antes Parladé. El toro de Pedrajas, grande, gordo, enmorrillado y astifino, fué manso, mansísimo, difícil, difícilísimo. El toro de Parladé fué bravo, bravísimo, fácil, facilísimo. Al toro de Pedrajas apenas lo picaron, apenas le hicieron sangre. Llegó a la muerte con todo su poderío, inmenso poderío, acrecentado por su inmensa manse dumbre. A ratos se defendía. A ratos atacaba. Prendió un capote, y en un momento lo destrozó a cornadas. Inútil que la muleta de Domingo Ortega —tan poderosa— pretendiera sujetarle, ahormarle, dominarle. El animal buscó la querencia del chiquero, y allí se atornilló y allí fué a buscarle el maestro. Angustiosa lucha la que se desarrolló. Las tarascadas del manso eran impresionantes; la serenidad del torero, pasmosa. Al fin lo cuadra, se perfila, entra a matar. El toro lo espera, levanta su cabeza, y apenas el brazo puede salvarla y apenas el acero hiere su carne. A mi lado estaba el pintor Escassi, y le dije: «Este toro se le puede ir vivo a Domingo. Ya no hay quien le entre a matar otra vez.» El maestro lo machetea. Ordena a «Blanquito» que le avise por el lado izquierdo, y así, al revuelo de un capote, le hunde la espada, y a los pocos segundos el toro rueda. En la Plaza, llena de buenos aficionados andaluces, conocedores del toro y de sus tremendas dificultades, resuena una ovación, que es al mismo tiempo un suspiro de alivio. Lo imposible fué posible. La maestría, la inteligencia —¡oh, la inteligencia, y qué útil es!— y la serenidad fueron sus artífices. Por primera vez, desde hace muchos años, veíamos la estocada al revuelo de un capote, suerte de recurso, muy empleada otrora por los grandes maestros, cuando por los chiqueros salían muchos toros como aquel de Utrera, cuya lidia y muerte tan ahincadamente se quedó en mi recuerdo.

El otro, el de Baza, el toro de Parladé, seleccionado y criado por Domingo Ortega, era precioso de lámina, fino, alegre, noble, bravo, con una bravura codiciosa y franca. Un toro para un torero. Y allí estaba el torero. Y allá va hacia él, pasito a paso. Y le tantea con un pase por alto, cargando la suerte, no al pasa torito, sino al torito pasa, que no es lo mismo, sino que es lo contrario, que el toro pasa porque el torero quiere. Y después se echa la muleta a la izquierda e instrumenta cinco naturales. Y luego... Pero, ¡oh, no, no voy a describir la faena, pase a pase, aun cuando los tengo delante de mí, sin que ninguno haya perdido nada de su asombrosa belleza! Lo que pretendo es decir que Domingo Ortega realizó una faena imposible a un toro de posible faena. ¡Muchos toreros le hubieran toreado bien y hasta muy bien; pero levantar a toda una multitud de sus asientos, tenerla en pie la eternidad de una faena grandiosa, de las más bellas que mis ojos vieron, eso, no!

¡Os recuerdo, tardes de Utrera y de Baza, os recuerdo y os recordaré toda mi vida, y quisiera —perdonad mi ambición— que estas palabras mías pasaran a la historia, para que los que nos sigan en la afición sepan que hubo un torero que se llamó Domingo Ortega, que hizo posible una faena imposible e imposible una faena posible! ¡Os recuerdo, tardes de Baza y de Utrera, tardes andaluzas, llenas de vuestro sol y del arte y la maestría de un torero de Castilla!



ANTONIO DIAZ-CARABATE

La temporada de corridas de novillos en Lima

El 14 de diciembre alternaron Juanito Doblado, "Morenito de Talavera Chico" y el novillero zamorano Gabriel Alonso

Los novillos eran propiedad de don Antonio y don Fernando Graña Elizande, que dieron buen juego, por lo que los de Huando fueron ovacionados



Un natural, ayudado con el estoque, de Juanito Doblado



Juanito Doblado, al que en los carteles anuncian con el discípulo de don Juan Belmonte, a pesar de advertírsele desentrenamiento, gustó, especialmente en sus faenas de muleta



«Morenito de Talavera Chico» fué el triunfador de la tarde. Banderilleó a sus dos novillos de la manera que recogen las fotos



El ganadero y empresario, don Fernando Graña, agradece los aplausos por el gran encierro de Huando que presentó
(Fotos «Joselillo»)

«Morenito de Talavera Chico», en su faena de muleta al primero, del que le fueron concedidas las dos orejas y el rabo

(Gabriel Alonso tuvo una tarde gris, y en la Plaza hubo apenas media entrada. Ahora se está organizando una nueva temporada de novilladas, a base de novilleros mejicanos. Los novillos serán de Yencala, de Humberto Fernandini.)

Sustancia del apodo y crédito del artificio

La práctica de la vida ofrece a cada paso ocurrencias y anécdotas que suelen quedar casi ignoradas y perderse, a la postre, por falta de una mano curiosa que las escriba y divulgue, yéndose con ellas para siempre la grata memoria de los sujetos ingeniosos a quienes se debieron, tal como si éstos no hubieran pasado por el mundo.

Digo todo esto acordándome de don Salvador Acuña y Aguila, quien llevó a Sevilla, donde vivió y murió, de todos querido, muchas arrobas de nativo ingenio del pueblo de Gerena, villa de tal provincia, donde vió la primera luz.

Don Salvador era dueño de una imprenta, en la que se hacían los carteles anunciadores de las funciones taurinas sevillanas, y fué también, desde el año 1876 en adelante, empresario y organizador de no pocas novilladas y mojigangas en la gran Plaza de la ciudad hispalense. Entre sus muchas cualidades buenas cuentan que tenía la de llevar dentro un corazón de oro, y entre sus pocas no tan buenas, una grandísima falta de carácter, que era, seguramente, legítimo efecto de aquella causa. No había torerillo que fuera a pedirle algo que no lograra lo que apetecía, y su debilidad hizo, por estos caminos, tan proverbial

entre la gente de coleta, que para acudir a él nadie buscaba recomendaciones ni entendía serle necesario anterior conocimiento.

Cierta día, colóse de rodón en su imprenta un hombre que llevaba a cuestas sus buenos cuarenta y cinco o cincuenta años, y le dijo que quería salir de picador en la novillada que se organizaba para el domingo inmediato, por estar persuadido de que su porvenir estaba en los toros, desplorando, de paso, que no se le hubiera ocurrido antes adoptar tal determinación.

Protestó don Salvador contra aquello que él juzgaba un capricho; se opuso tenazmente a tal pre-

tensión, dado que los picadores no pueden improvisarse; pero tanto machacó el solicitante, que nuestro hombre transigió, al fin, con su demanda y se dispuso a pedirle algunos datos de su personalidad.

Importa advertir que para don Salvador era fundamental el apodo en todo torero, fuera grande o chico, y no concebía que ninguno dejara de ostentarlo públicamente.

—¿Cómo se llama usted?— preguntó al improvisado picador.

—Juan Fernández.

—¿Sin mote?

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Para ser torero. Sin alias no se comprende que nadie sea lidiador.

—Pues póngamelo usted a su gusto.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Cuarenta y siete.

—Pues ya está: se llamará usted el Tardío.

Pocos días antes del 12 de julio del año 1886 se presentó en su taller el caracterizado aficionado sevillano don Carlos García Lecomte, acompañado de un muchacho desmedrado y morenucho.

—Acuña—dijo don Carlos—, aquí tiene usted a mi ahijado matador, que viene a que se le ponga en el cartel del domingo, por haberme sido autorizado para ello por la Empresa.

—Bueno, bueno, ¿y cómo te llamas?—preguntó don Salvador.

—Manuel García—contestó el mozo.

—¿Y no tienes mote?

—No, señor.

—Pues es menester ponértelo, como a los demás. Entonces terció el señor García Lecomte diciendo:

—Pero, ¿tú no tienes oficio? ¿En qué trabajas?

—Pues en el esparto, con mi padre.

—Perfectamente—dijo entonces Acuña—. Pues ya tenemos apodo. Te pondré el *Espartero*. Y de Sevilla, ¿eh? Superior, hombre, superior.

Siendo empresario de las novilladas veraniegas, presentóse en cierta ocasión en Sevilla un hombre, procedente del Perú y de edad madura, que ostentaba en su ropa unos zurcidos chapuceros y tal cual mancha. Llamábase el tal Antonio Pastrana; se enteró de que don Salvador era padrino de todos los toreros y torerillos que pululaban por Sevilla, y ni corto ni perezoso se dirigió a él pidiéndole protección.

¿Y cómo había de negársela Acuña, que se pintaba solo para otorgarla y a su buena voluntad repugnaba desahuciar a nadie?

—Vamos a ver: ¿qué sabe hacer usted delante del toro?

—En mi juventud ejecutaba muy bien la suerte de recibir.

—Bueno, pues ya hay bastante con eso.

Y lo primero que hizo fué llevarle a una sastrería, donde le vistieron con un terno de calle como el de los toreros grandes en aquella época. Lo llevó a cafés y teatros, lo anunció en los periódicos, asegurando que Antonio Pastrana (el Peruano)—el apodo se lo puso él, naturalmente— se iba a comer los toros crudos; le hizo una propaganda como nunca se viera otra en Sevilla—y menos en aquellos tiempos, en los que las artes del reclamo eran poco menos que desconocidas—, y merced a tal industria, no hay que decir que el día de la corrida se llenó de bote en bote la Plaza del Baratillo.

El fracaso de Pastrana fué tan grande como la propaganda que le había precedido; pero don Salvador—que en aquella ocasión fué más águila que Acuña—guardóse buenos sacos de plata, que era lo que se trataba de demostrar.

Aquel Antonio Pastrana llegó a torear en la Plaza de Madrid, puesto que el día 15 de agosto de 1890 se presentó en la misma alternado con Cándido Martínez (el Mancheguito) y un tal Carbeno, y su actuación no fué por mejor rumbo que la de Sevilla, hasta el extremo de que su segundo toro, último de la corrida o novillada, volvió vivo al corral, entre los cabestros.

Un voluminoso libro podría escribirse con las ocurrencias de don Salvador Acuña y Aguila, y si yo dispusiera de más espacio e invadiese un campo que no fuera el taurino, tales cosas podría referir de él, unas de deleitosa gracia y otras de útil experiencia, que a buen seguro me las habría de agradecer el lector.

Falleció en el mes de enero del año 1891, cuando había conquistado cuantas simpatías pudiera apetecer y había llegado al puesto de la suprema popularidad en el ámbito sevillano.

DON VENTURA



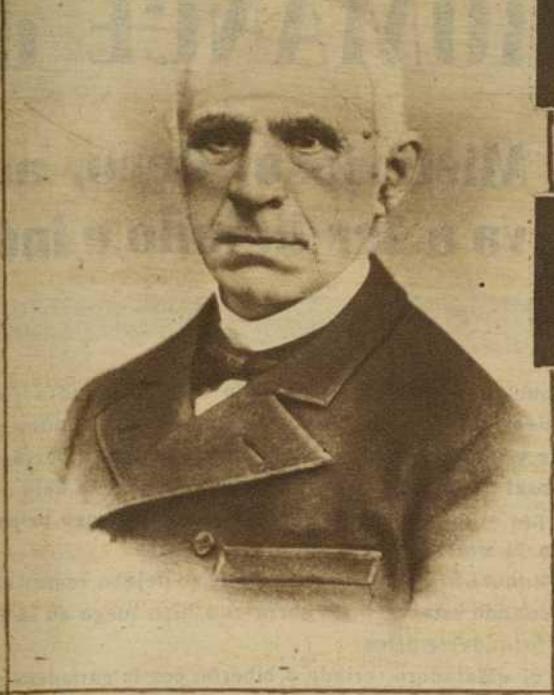
El Espartero

Cándido Martínez (Mancheguito)

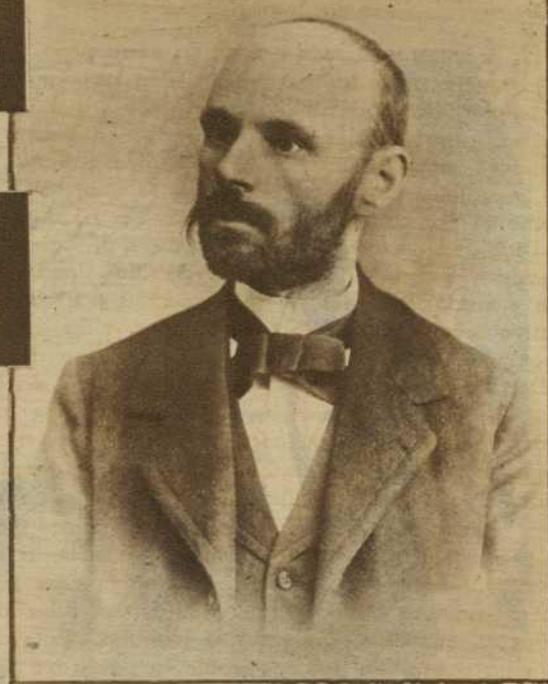


Ganaderos de antaño

Don FELIX GOMEZ



Don Félix Gómez Llorente



Don Félix Gómez Pombo

UNA de las ganaderías de la tierra que durante el pasado siglo alcanzaron mayor fama fue la de don Félix Gómez.

Por los primeros años de la repetida centuria vivía en la Villa de Colmenar Viejo don Elías Gómez, hombre campero y de envidiable posición económica, quien, accediendo a continuos requerimientos de su hijo don Félix, notable aficionado a los toros, decidió formar una vacada brava.

Sobrados elementos tenía a mano don Elías sin necesidad de salir fuera del pueblo. Precisamente su convecino don José López Briceño estaba por entonces haciendo gestiones para vender el resto de su vieja y acreditada vacada, y al conocer las intenciones de don Elías, ofrecióle la punta que le quedaba, compuesta de treinta y tantas cabezas, la mayoría vacas, y dos sementales de cinco hierbas. Apremiado el señor Gómez por su hijo —alma del proyecto, como, después, de la explotación de las reses—, adquirió en 1829 aquellos animales, a los que seguidamente unió más de cincuenta vacas, también de pelo retinto, procedentes de don Manuel Salcedo y don Galo Laso. Y desde la primavera del referido año tuvo la nueva ganadería colmenareña su asentamiento habitual —y continúa teniéndolo al cabo de un siglo largo— en la dehesa «Los Camorrones», entre el Cerro de San Pedro y la actual Presa de Santillana que abastece de aguas a Madrid.

Tres cubriciones verificaron los antes aludidos sementales de López Briceño, con excelente resultado. Mas considerándolos don Elías Gómez quizá viejos y un tanto pesados para continuar la función reproductora, los lidió en la Plaza de Madrid, por vez primera a su nombre, y con divisa azul turquí y blanca, el 3 de octubre de 1831, sobresaliendo por la presentación y buen juego el corrido en sexto lugar, de nombre «Platero».

Tales afanes puso don Elías —secundado por don Félix— en el cuidado de la vacada, que a los pocos años ocupó lugar preeminente entre las de la tierra. Y el trapío y la bravura de sus toros —de los que el gran Francisco Montes decía «que se mataban bien porque eran bravos y manejables»— valieron al ganadero de Colmenar, especialmente en la Plaza de Madrid, entusiastas ovaciones. La finura, la codicia, la dureza y la brava pelea fueron desde un principio notas características de estas reses. Y como botón de muestra, veamos lo que el primer revistero taurino, don Santos López Pelegrín (Abenamar), dijo —entonces los cronistas escribían del toro más que los de ahora— de la corrida del 23 de junio de 1844 en la Plaza de Madrid, en la que «el Morenillo», «Lavi» y Juan Martín, despacharon tres toros de don Elías y otros tres de don Juan Sandoval: «... salió el primero, de don Elías Gómez, de Colmenar, retinto, buen mozo, aunque de cara de pocos amigos y con una cabeza como un paisano; receloso al

principio, y con sus puntos y collares de abanto, se creció en términos que, si la criatura crece más, nos deja tamañitos. En 12 varas que tomó, mató 11 caballos, y nosotros, al ver tal matanza, nos acordábamos de los célebres toros de Guisando, que, según cuenta la Historia, así mataban moros como si fueran moscas...»

Tanto crédito consiguieron los toros de Gómez, que rápidamente se colocaron a la altura de los del duque de Veragua, corriéndose en muchas ocasiones juntos, y hasta en competencia, como, por ejemplo, los días 24, 25 y 26 de julio de 1859, con motivo de la feria valenciana, en los que se lidiaron doce toros ducales y otros doce a nombre de don Félix Gómez. De la bravura, la acometividad y el poder que desarrollaron las 16 reses jugadas durante las dos primeras tardes, puede formarse una ligera idea al consignar que acabaron con la plantilla íntegra de picadores. Y que, para echar fuera la tercera y última función hubo de contratarse telegráficamente a los que el día anterior picaron en Alicante, quienes, curándose en salud al tener noticias de lo sucedido, exigieron se alargasen las puyas unos milímetros más, a lo que accedieron autoridades, empresa y ganaderos.

Fallecido don Elías, y aunque con bastante anterioridad figuró su hijo don Félix como factótum de la vacada, pasó la misma a éste y a su hermana doña Alfonsa, casada con don Gabriel Gutiérrez; y, al morir dicha señora en 1860, siguió unida la ganadería, hasta que el año 1866 se dividió en dos partes: una para don Félix y la otra para sus sobrinos don José, don Luis y doña Julia Gutiérrez, porciones estas últimas que siguieron distintos derroteros.

La personalidad de don Félix Gómez acusó caracteres tan dibujados, que bastaba mencionar su nombre propio para indicar la referencia ganadera sin más calificativo. Desde los primeros toros jugados a su nombre en Madrid el 30 de abril de 1860 —por error, aparece en nuestra obra «Ganadería brava» el 17 de junio— con la intervención de «Cúchares» y «el Tato», hasta la fecha de su muerte, puede afirmarse que su ganadería figuró ininterrumpidamente, no sólo en el cartel de abono, sino también en las corridas tradicionales.

Apartado don Félix por sus múltiples achaques de la regencia ganadera, delegó en su hijo don Félix Gómez Pombo, cuya figura adquirió notable relieve el día 17 de mayo de 1894.

Había de celebrarse dicho día la séptima función de abono. Por la mañana acudieron al apartado don Félix Gómez Pombo y los espadas «Guerrita»,

«Carpintero», buen mozo de Don Félix Gómez, lidiado en la Plaza de Madrid a principios del actual siglo (Reproducciones Vera)



«Espartero» y Fuentes. De los siete toros colmenares encerrados, grandes y cornalones, sobresalía uno de enorme volumen y desarrolladas defensas, llamado «Cocinero», colorado, ojinegro y marcado con el número 21. «Guerrita» pidió al mayoral que retirase a «Cocinero» porque desigualaba la corrida. Comunicó el conecedor a su amo la indicación del Guerra, y dirigiéndose don Félix al espada, le dijo cortésmente:

—No puede ser, Rafael. El toro es de buena nota y, además, no viene para usted. (Todavía no existía el sorteo, y el ganadero disponía los toros que habían de correrse, así como el orden de salida al ruedo).

—¡No importa! Y hoy no se lidia porque yo tengo las llaves de la puerta—contestó, en tono desabrido, Rafael.

—¡Y yo las de la sala!—replicó valientemente don Félix.

Por unos momentos, la corrida estuvo a punto de suspenderse. Pero reaccionando el coloso cordobés ante algunos comentarios del público que presenciaba la escena, exigió para sí el toro.

—Pues ahora es cuando me empeño en matarlo. O me lo echa «osté» a mí, o no «atoreo» su corrida en Burgos.

Y en segundo lugar pisó la arena el célebre «Cocinero», cuya foto apareció en el último número de esta revista, como ilustración de un artículo del buen aficionado Adolfo Bollain, que resultó bravo y poderoso, pesando, en canal, 36 arrobas y con el cual estuvo «Guerrita» colosal.

Un mes después de este sucedido falleció don Félix Gómez Llorente, adquiriendo la propiedad de la vacada sus hijos don Félix y doña Aurea. El primero conservó los derechos de antigüedad, hierro y divisa, logrando reducir el tamaño de los toros y mejorar su casta y docilidad.

Fallecido en 15 de marzo de 1904, se hizo cargo de la ganadería su viuda doña Mercedes Ugalde Bañuelos —hija de doña Prudencia—, y con la denominación «Viuda e hijos de don Félix Gómez» se anunció en Madrid por vez primera el día 8 de junio de 1905. En 1916 se hizo un cruzamiento con toro oriundo de Parladé, que no respondió a las esperanzas cifradas. Y, por último, el año 1923 intervino un nuevo semental del conde de la Corte, ligando extraordinariamente. Con gran contento, ¡claro es!, de don Félix Gómez Ugalde, hijo mayor de doña Mercedes y actual director de la antigua ganadería de Colmenar, que, principalmente durante el pasado siglo, en manos de su abuelo don Félix Gómez Llorente, conquistó envidiable cartel y la máxima popularidad.

ROMANCE del TORO BRAVO

Misterioso, fiero, noble, obediente y pacífico, va a ser lidiado e indultado en una corrida fallera

LEYENDAS del toro..., leyendas trágicas de fieras que inmolaron vidas famosas, de cornúpetas de bravura temeraria que, como ídolos de un rito bárbaro, con sed inextinguible de sangre, no se saciaron de destrozar caballos.

Y junto a esa aureola negra y roja como la divisa miureña, leyendas de bravura noble, de docilidad inconcebible, de fuerza serena y humilde..., porque únicamente en el toro español —el «totem» ibérico—, el animal más hermoso y valiente de todos los creados, se da esa dualidad de poderío y nobleza, de acometividad y de inocencia, de independencia y sometimiento.

Cualquier otra fiera termina doblegándose a los latigazos del domador, cediendo en sus ímpetus, humillándose.

El toro no abdica jamás de su fuero bravo; el dolor le sirve de acicate, «se crece al castigo» y acomete y se defiende

Aquel toro de Veragua lidiado en Calatayud a finales del siglo pasado, que, después de tomar buen número de varas y matar cinco caballos, reconoció entre barreras al mayoral de la ganadería y se acercó a él y se dejó acariciar por él durante unos minutos y siguió luego peleando, hasta la muerte, con magnífica bravura.

Y aquel «Brujito», de Aleas, que se dejaba rescar el testuz cuando estaba en los corrales e hizo luego en la Plaza una formidable pelea.

Y el «Matador», criado a biberón por la ganadera señora Mora, a la que el toro respetaba y obedecía... Y al famosísimo «Civilón», de Cobaleda, a quien en el campo y en la Plaza sobaban cientos de personas, y se lidió en Barcelona y antes de ser indultado hizo una gran pelea en el primer tercio de la lidia...

Ahora, por tierras de Levante corre ya la fama de otro astado ejemplar llamado «Misterioso» y signado con el número 66 de la ganadería de don Leopoldo L. de Clairac.

«Misterioso» iba a ser lidiado en septiembre úl-

timo en la Plaza de Toros de Murcia; pero los veterinarios lo rechazaron porque sufría entonces una leve cojera, y el astado fué trasladado a los corrales de la Plaza de Valencia, de la que son empresarios los señores Alegre y Puchades.

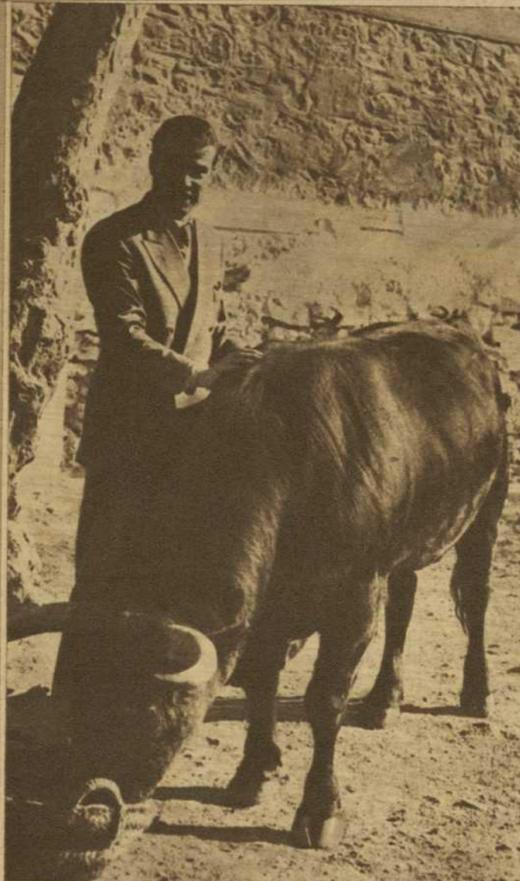
Al juntarse en los corrales con otros toros, «Misterioso» reveló su condición bravia. Desde el primer momento quiso ser el «mandamás», el gallito del corral, imponiendo su ley brava a los otros cornúpetas... «Misterioso», jactancioso, «flamenco», astado, sembraba el terror entre sus cornudos congéneres, ensalzándose con ellos en furibundas peleas. En una de éstas fué herido, y de su curación se hizo cargo el mayoral de la Plaza valenciana, Carranza, ex banderillero veterano. Carranza puso toda su experiencia y también su bondadosa paciencia en el cuidado de «Misterioso»... Y en fuerza de confiarlo, de consentirlo, de hacerle sentir su celo cariñoso, ha conseguido que el rebelde, el bravo «Misterioso» se convierta en un animal paciente, dócil, que no sólo se deja acariciar por su cuidador, sino que recibe con

mansa resignación y con agradecida docilidad a cuantos lo visitan... El caso del «Misterioso», de «la fiera convers» es ya popular en toda la región levantina.

El gran torero valenciano «el Choni» ha estado en los corrales de la Plaza de la ciudad del Turia y ha comprobado personalmente la docilidad, la inconcebible nobleza del toro. Y como «Misterioso» está destinado a correrse durante las fiestas «falleras», «el Choni» ha solicitado de los empresarios, señores Alegre y Puchades, ser él quien lidie al ya famoso toro de Clairac.

Así como lo cortés no quita a lo valiente, es sabido por repetidos ejemplos que la docilidad, la bondad de estos raros toros que se dejan acariciar, no impide que luego, en la Plaza, al verse incitados y hostigados, recobren toda su acometividad y bravura.

Es casi seguro, pues, que «Misterioso», como «Brujito», como «Matador»



El famoso torero valenciano Jaime Marco, «el Choni», con el toro «Misterioso», número 66 de la ganadería de don Leopoldo L. de Clairac; «Misterioso», después de haber dado pruebas de indomable fiereza acometiendo y peleando con otros toros en los corrales de la Plaza valenciana, se ha convertido transitoriamente, en un dócil animal que se deja resignadamente acariciar

También los empresarios tienen su corazóncito... El señor Alegre no se deja «ganar la pelea» por su vasto y se sienta sobre «Misterioso», que, en verdad, no le hace mucho caso (Fotos Calvo)



«Misterioso» está destinado a ser lidiado en una corrida «fallera». «El Choni» ha pedido a la Empresa valenciana lidiar él al bravo y noble toro, con el propósito de su indulto al público. Mientras tanto el gran torero valenciano se prepara para el día de comer al que mañana será «amigo»...



Luisito Alegre, hijo del empresario de la Plaza, en un adorno «temerario»: el cuerno cogido por la cepa y la mirada lejana, como pidiendo la ovación...

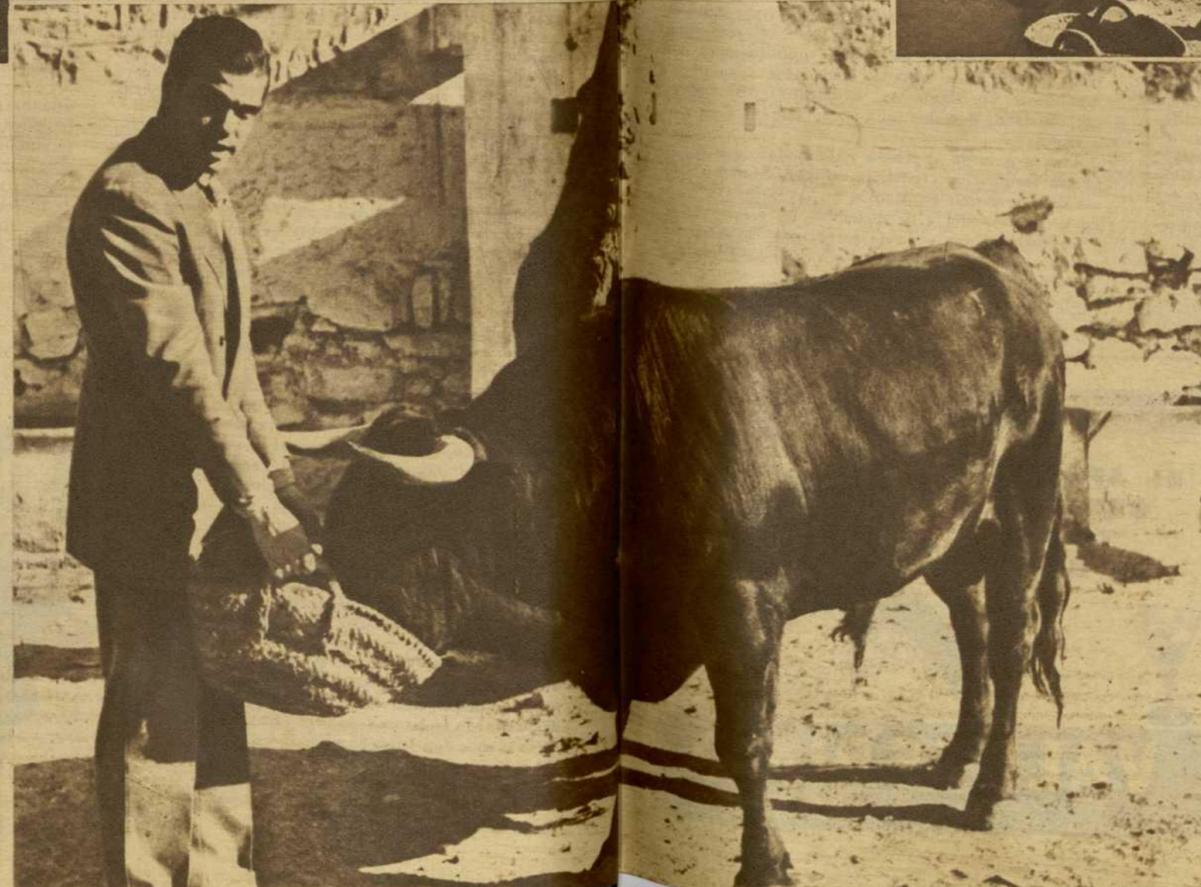
El apoderado de «el Choni» Cristóbal Becerra, acaricia sonriente a «Misterioso», como si con su ademán cariñoso quisiera transmitirle al bravo toro la seguridad de que será indultado...

de hasta el último estertor de la agonía.

Puede decirse, sin hipérbole y sin irrespetuosidad, que el toro bravo tiene una «personalidad» heroica. Y también «sentimental» y «sensitiva». Porque si su fiero instinto le impele a acometer ciegamente contra cuanto le irrita, por enorme que sea, también su nobleza le lleva a ablandarse, a someterse y agradecer el cuidado y la caricia.

No está hecha la historia, que pudiera ser romance, de esa limpia nobleza del toro bravo. Acuden a los puntos de la pluma recuerdos señeros de toros a este respecto ejemplares.

Jamás hasta ahora se firmó un contrato taurino sobre una mesa tan singular. He aquí a los empresarios de la Plaza de Valencia, señores Alegre y Puchades y a Cristóbal Becerra, apoderado de «el Choni», en el momento de formalizar el contrato del torero valenciano para las corridas «falleras»



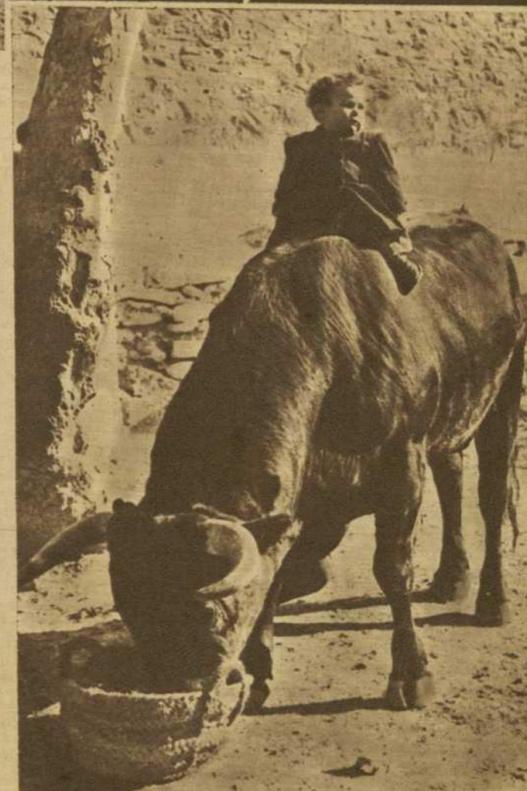
y «Civilón», cuando salga al ruedo, demuestre toda su bravura nativa.

Y el propósito de «el Choni» es lidiar a «Misterioso» y pedir su indulto al público, y caso de que sea otorgado, para no dejar incompleta su actuación en la corrida, Jaime Marco costeará otro toro, al que dará muerte y lidia completa.

Gentileza del torero, figura primordial en las corridas valencianas, que este año, sobre su prestigio profesional, tendrán el atractivo señero de la lidia de «Misterioso», el toro fiero que ya tiene una bella leyenda de romance.

CARLOS DE BRENALES

Cambio de los tiempos... Antaño los «peques» se retrataban sobre un triciclo o un caballo de cartón... Ved a esta chavallina, hija del prestigioso crítico taurino «Recortes», fotografiada a lomos del a un mismo tiempo fiero y pacífico «Misterioso»



EDUARDO MUÑOZ Y GARCIA, («N. N.»)



Eduardo Muñoz y García, crítico taurino de «El Imparcial», en cuyas columnas popularizó el seudónimo de «N. N.»

En «El Globo» publicó sus primeras revistas de toros en verso

Fué siempre un encendido defensor de los toreros cordobeses

«Sobaquillo» le «cedió los trastos» en las columnas de «El Imparcial»

ASI como cada Plaza tiene su aspecto peculiar —escribió en cierta ocasión «Claridades»—, dentro de cada una de ellas los tendidos también se diferencian: los hay serios y tristes, como las gradas de un congreso científico, en los que se hace uso hasta del telescopio para observar los efectos de una suerte con un error infinitesimal (alusión dirigida, sin duda, a los prismáticos que «Don Modesto» tenía por costumbre llevar siempre a los toros); los hay bullangueros y divertidos, y, por último, los hay placenteros y animados. Salvo en casos contadísimos, en los primeros no se aplauden faenas, en los segundos suenan las palmas como compases de tango y en los últimos se aplaude siempre y todo. ¡La cuestión es pasar un buen rato!

Pues bien: en el tendido 2 del desaparecido coso madrileño, del que partieron las ovaciones más sinceras y las protestas más temidas por las primeras figuras, ocupó una de sus delanteras durante diecisiete años consecutivos el popularísimo «N. N.», digno sucesor de «Sobaquillo» (Mariano de Cavia), quien en los aciagos días del mes de mayo de 1898 le «cedió los trastos» en las columnas del diario «El Imparcial».

Sus revistas, sus graciosas revistas, escribía las siempre Eduardo Muñoz en el coso, en pleno bullicio y entre continuos estrujones, y según iban saliendo de su pluma se iban telefoneando desde las inmediaciones de la Plaza a la Redacción del mentado diario, a fin de que por este rapidísimo medio alcanzasen la última edición de provincias, sin que las molestias y apremios que imponía semejante trabajo menoscabasen nunca un punto su espontáneo donaire, de buena casta andaluza, y la natural elegancia de un lenguaje fervoroso y alegre.

¿Se quiere una prueba? Allá va, y es concluyente: «La de Beneficencia (celebrada el domingo 16 de mayo de 1909).

Nueve toros: cinco de Veragua, tres de Santa Coloma y uno de Surga, en sustitución de otro del conde, inutilizado por el temporal en los corrales. «Bombita», «Machaquito» y «Cocherito».

Después de las nubes..., quince o veinte céntimos de Febus.

En la Plaza hay una entrada bastante «remarcable», que dicen los «estilistas», y como tenemos mucho que anotar, amado Teótimo, ¡nueve toros!, tres toreros que han de funcionar en todos, cuarenta horas de agua (¡no hemos sufrido ni usted ni yo tan largo suplicio!), entro en la labor entretenida, no sin anotar que en la Plaza hay flores y guirnaldas y que preside el festejo nuestro marqués del Vedillo, hasta hace meses gobernador mayor de esta provincia, asesorado por nuestro activo edil y casi correligionario don Luis Mazzantini.

Al hacer los diestros el paseillo, unos aplauden, los más, y otros silban... ¿A fundamento de qué?

Primero. De Veragua.

«Tirao», negro, con braguitas, bien «coloca» y bien criado.

«Bombita» le saluda con cuatro verónicas de obligada movilidad, por coger al bicharraco en terreno estrecho, y en seguida el «Tirao» se declara, comienza a barbear la trinchera hasta dar con los chiqueros, «donde se establece». En fin, un buey, a quien salvan indebidamente los toreros de la quemazón.

Cuento cuatro puyazos, poniéndose por delante los señores, regalándole los caballos, otras tantas huídas de susto y conato de fuga por la puerta fingida. ¿«Selosillo» también?

En palos, el buey está más quedado y tapado, suelto de cabeza y sin salir de los tableros ni por mandato de cualquier usía. «Morenito», en la primera cita, sufre un acosón de peligro; juego clava al relance, y bien. «Barquero» coloca un gran par de valientes (Palmas), y su compañero prende otro, también con apuros. ¡Bien, niño!

«Bombita» se acerca decidido, cerca y valiente hasta desengañar al mal pájaro en fuerza de estrecharse con él y dominarle por riñones. (Palmas.)

Un pinchazo hondo sobre tablas, entrándole con habilidad.

Nueva faena, más apretada y corajuda todavía, y otro pinchazo, desarmando mucho el pajarraco.

Luego, sobre tablas y tirando a asegurar (¡ya era hora!), arrea media estocada de acá un descabello a la segunda, y... *acabata*..»

Obligado se hace decir que en todo momento hallaba algún dicho gracioso que oponer a las faenas que presenciaba, y que para los toreros cordobeses tuvo siempre las máximas concesiones, tanto cuando alcanzaban algún resonante éxito como en sus tardes desafortunadas, llegando a tal grado su admiración, que no sólo los millares de lectores que tenía en España, sino muchos aficionados de los que «veían» de toros, teníanle por nacido en Córdoba.

¡Ay si Eduardo Muñoz viviese hoy! Si viviese hoy, su pluma hubiese sido la más manolestista, y para el maestro de toreros, para el ídolo popular que se nos fué para siempre, habría escrito sus más apasionadas revistas, seguido paso a paso su triunfal carrera y compuesto con motivo de su trágico e inesperado fin la más completa biografía de cuantas se han escrito sobre tan extraordinario torero.

Cuando, tras haber hecho sus primeras armas en «El Globo», al lado de los Maisonnave, Ollas, Troyano, Vicente, Matasón, Alfredo Mazas y otros, pasó Eduardo Muñoz a la Redacción de «El Imparcial», había dado ya sobradas pruebas de sus conocimientos en materia taurina, puesto que en el periódico de don Emilio Castelar comenzó a publicar unas revistas de toros en verso, muy del agrado de sus primeros lectores, hasta entonces asiduos de Joaquín Mazas, «El Alguacil».

Fué esto allá por el año 1888. Muñoz se incorporaba a la nueva Redacción, ofreciendo el pleno florecer, de su talento y los arreos de sus años mozos. Ansiaba ejercer el periodismo, no como un medio, sino como un fin; y lo ansiaba porque así como se nace poeta, cantante o compositor, él había nacido periodista, sen-

tía la profesión, y a ella quería consagrarse por entero y cuanto antes. Arrumbó su título de abogado y comenzó a cultivar el reportaje, la nota política, la crítica musical y la taurina; fué corresponsal de guerra en Marruecos; acompañó al general Martínez Campos cuando éste fué como embajador extraordinario a la Corte de Muley-Hassan (recogiendo sus impresiones en un interesantísimo libro), y narrador feliz de los viajes regios. En toda esa labor hizo gala Eduardo Muñoz de su buen gusto literario, de su talento y de una amenidad que daban doble encanto a lo que escribía, comenzando su historia periodística con un hecho curioso, que ya mostró su instinto y su sentido de la labor a que iba a consagrarse y que corrobora lo anteriormente anotado.

Al día siguiente de entrar en «El Globo», le mandaron a una sesión de Cortes para poder medir sus aptitudes; él no sabía lo que tenía que hacer, ni tan siquiera cómo debía principiar su tarea, y se jugaba el puesto recién logrado; intentó hacer unas cuartillas, pero falto de práctica y orientación para tal cometido, adoptó la resolución heroica de dirigirse a don Antonio Cánovas, y exponerle el aprieto en que se hallaba. Cánovas le aconsejó cariñosamente, e impresionado por la gran simpatía del atrevido «chico de la Prensa», quedó en enviarle unos apuntes que le sacaran del apuro, y así lo hizo, además de imponerle en el mecanismo de la labor parlamentaria.

Nació Eduardo Muñoz y García en Jaén el año 1863. Allí hizo sus primeros estudios, que continuó en Sevilla, en cuya Universidad principió la carrera de Leyes, terminada con brillantes notas en la de Madrid.

Además de los centenares de revistas taurinas aparecidas en «El Imparcial» con el seudónimo de «N. N.», colaboró en cuantas publicaciones taurinas fueron de su agrado, debiéndose a su pluma igualmente los siguientes volúmenes: «El Cabezota», «Rodando por ahí», «El último sultán» y «A vida o muerte».

Tras una larga y penosa enfermedad, que soporó con resignación cristiana, Eduardo Muñoz y García dejó de existir en Madrid en las primeras horas de la mañana del 4 de diciembre de 1915.

Su vida fué una serie de carcajadas, de risas discretas y de finas sonrisas. Vivió riendo siempre y siempre sin hiel.

JUAN LAGARMA

XEREZ-QUINA

EL APERTIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO JEREZ

BACO Y TAURO

Una famosa taberna madrileña De ella surgieron cuatro célebres matadores de toros

Esta es la famosa taberna en la que se incubaron cuatro famosos matadores de toros madrileños (Foto Almazán)

derillero que fué de Manuel García, «Espartero», José Roger, «Valencia».

Por aquel año, un espigado mozalbete, con larga blusa azul, llamaba mucho la atención de los aficionados viéndole torear a los embolados que se corrían como epílogo de las novilladas. Este chiquillo, durante las primeras horas de la noche, era asiduo concurrente a la taberna y en ella escuchaba sabios consejos y recibía lecciones taurinas del señor Pepe, como cariñosamente se le llamaba al «Valencia». Años más tarde, éste, su primer protector, vió cómo su ahijado se colocaba entre los mejores lidiadores de su época con el nombre de Vicente Pastor.

Y si el banderillero de confianza de «Maoliyo» se había interesado por el hijo de un extraño, nada de particular tuvo lo hiciera después por sus vistagos Pepe y Victoriano, toreros muy estimados por la afición madrileña.

Pero como indudablemente la tabernita en cuestión estaba destinada a ser vivero de excelentes coletudos, andando el tiempo fué a parar a manos del padre de Antonio Márquez, en ocasión de que éste, como becerrista, soñaba en ocupar en la tauromaquia un lugar destacado.

Y el belmonte rubio de los barrios bajos, torero que cautivó a los públicos con su templadísima forma de torear, también llegó a colocarse en la primera fila del toreo.

Taberna evocadora de tiempos ya lejanos, que seguramente no habrán olvidado los expresados diestros supervivientes.

Sus paredes fueron mudos testigos de las ilusiones de aquellos jovencuelos, que el tiempo convirtió en realidad.

De los cuatro, Vicente Pastor pronto cumplirá sesenta y ocho años.

Pepe Roger, «Valencia», en su finca de Fuencaerra, vive con su distinguida esposa e hijo el actual matador de toros que con su valor prescigia el popular apodo.

Victoriano Roger, conocido por «Valencia II», siendo en realidad el tercero de la dinastía torera, fué asesinado por los rojos en las inmediaciones de Madrid, en uno de aquellos trágicos «paseos» abominables, y Antonio Márquez, el excelentísimo artista que se adelantó a toda la torería contemporánea, parando, templando y mandando, dedica en la actualidad sus actividades a negocios de carácter teatral.

Cuatro matadores de toros madrileños que vivieron sus primeros años taurinos en una misma taberna y que forzosamente, unos con su valor y otros con su arte, tenían que «emborrachar» a los aficionados.

DON JUSTO

Victoriano Roger, «Valencia», asesinado por los rojos en las inmediaciones de Madrid



Antonio Márquez, el último de los cuatro célebres diestros que surgieron de la tasca de la calle de Santa Ana (Foto Almazán)

de la Blusa», picadores, banderilleros y el malogrado diestro Andrés del Campo, «Dominguín».

Muchos lidiadores que, por azares de la suerte, al retirarse no contaban con medios para atender a su subsistencia, encontraron en la taberna un recurso y en Madrid se establecieron.

Luis Recatero, «Regaterillo», aquel banderillero madrileño, ágil y menudo, que figuró últimamente en la cuadrilla de Mazzantini, tuvo una taberna en la calle de Toledo, inmediata a la popular tienda «El Botijo».

Su hermano Tomás se estableció en la calle de la Montera, y el sobrino de éstos, Antonio Boto, «Regaterín», excelente matador de grata recordación para los madrileños, también tuvo su tasca en la calle de Alberto Aguilera.

Cristóbal Fernández, «El Pella», y Manuel Martínez, «Salinero», matador de novillos y banderillero, respectivamente, halláronse asimismo establecidos en las calles de la Libertad y de la Paz.

Famosa es también la que actualmente posee en la barriobajera calle de Mesón de Paredes el ex matador de toros Antonio Sánchez.

Mucho se ha escrito de este establecimiento en diarios y revistas por las aficiones pictóricas del popular diestro.

Luis Mauro fué también un matador de novillos valiente y con cierta inventiva para las suertes del toreo.

Muy castigado por las reses, abandonó el peligroso oficio para dedicarse a la industria vinícola.

En el lugar más céntrico de la capital se convirtió en taber-



Vicente Pastor, asiduo concurrente a la célebre taberna cuando sólo era el «Chico de la Blusa»

José Roger, «Valencia», padre del actual matador de toros



FUERON en tiempos pasados las tabernas los lugares donde con más entusiasmo se mantenía el fuego sagrado de la Fiesta Nacional.

Por hallarse entonces las corridas de toros y de novillos al alcance de los bolsillos más modestos, concurrían a ellas las clases trabajadoras, y tan aficionados eran los obreros a la lectura de cosas taurinas, que aun habiendo presenciado el día anterior el espectáculo, en la mañana del lunes lo primero que hacían era adquirir, por cinco céntimos, *El Toreo*, que leían camino de la obra para comprobar si la revista firmada por «Paco Pica Luna» se hallaba ajustada a la realidad.

En aquellas tiendas expendedoras de morapio, en las que no faltaban, exornando las paredes, litografías de *La Lidia* con la firma de Daniel Peres, el programa de la última fiesta, sujeto en una cornisa por el peso de una botella de cerveza clara, y alguna cabeza de toro disecada, o un par de banderillas, con los arponcillos manchados por sangre ya reseca, se discutía con apasionamiento el valor artístico de los toreros en boga, y en muchas ocasiones los partidarios de éstos llegaban a las manos, interviniendo al final el Juzgado municipal del distrito con la celebración del correspondiente juicio de faltas por escándalo.

Estas tabernas o tascas, de las que hace cuarenta años existían en Madrid varios centenares, fueron desapareciendo paulatinamente, y las últimas en subsistir, cambiando su primitivo aspecto, derivaron en bares, cuidando todos los domingos de dar cuenta a los parroquianos, mediante sendos carteles, del resultado de los partidos futbolísticos.

De todas aquellas tabernas que pasaron a la Historia, aun recordamos la que existía en la calle del Pozo. La frecuentaba «Frascuélo» y era de la propiedad de Tomás «El Papelista», íntimo del famoso torero granadino y excelente cantador flamenco.

Otro centro vinícola no menos famoso era el establecido en los principios del presente siglo en la calle de Espoz y Mina, llamado de Lumbreras, pasando más tarde a ser propiedad del que fué matador de novillos Santiago Sánchez, «Cerrajero». A esta tasca concurren mucho Valentin Martín, los «Lagartijillo», tío y sobrino, el entonces «Chico

nero, y hoy su primitiva tienda la transformó en magnífico bar-restaurante.

Pero de todas las tabernas citadas, desaparecidas y existentes, es la más interesante, por su contenido histórico, la situada en la calle de Santa Ana, a dos pasos de la Ribera de Curtidores, porque en ella se incubaron cuatro famosos matadores de toros madrileños.

Allá por el año 1895, un actor dramático, don Hipólito Rodríguez, encontrábase en posesión de esta taberna, que tiempo después traspasó al ban-



LOS MATADORES DE NOVILLOS Y SU PRESENTACION EN MADRID

Año 1881



Diego Prieto
(Cuatrodedos)

9 de enero.—**JOAQUIN SANZ (PUNTERET)** y **JUAN PASTOR**, ambos nuevos en Madrid, hicieron su debut estoqueando un novillo de don José Fierro el primero y otro de don Isidoro Recio el segundo. Los citados espadas vestían de azul y oro y de morado y oro, respectivamente.

6 de marzo.—**DIEGO PRIETO (CUATRODEDOS)**.—Toreó con Antonio Pérez (Ostión), Gabriel López (Mateito) y Juan León (Mestizo), también nuevo. El primer novillo que estoqueó fué «Salinero», retinto, de don Carlos López Navarro, y vistió un terno grana y plata.

6 de marzo.—**JUAN LEON (MESTIZO)**.—Alternó con los espadas citados en el párrafo anterior, siendo «Boler», negro, de don Cándido Altozano, el primer novillo que estoqueó; vistió un terno carmín y plata.

24 de julio.—**LORENZO QUILEZ**.—Alternó con Diego Prieto (Cuatrodedos); primer novillo que estoqueó, «Pimiento», negro, de Rivacoa; vistió un traje azul y negro.

8 de agosto.—**GERMAN SUAREZ, FRANCISCO PARRONDO (ORUGA)** y **JACINTO PADILLA (EL MULATO MERY)**, los tres nuevos, estoquearon seis novillos de don José Sánchez; vistieron de azul y plata, de encarnado y negro y de carmín y plata, respectivamente.

21 de agosto.—**MIGUEL ALMENDRO**.—Alternó con José Ruiz (Joseito) y José Martínez Galindo, siendo los novillos del conde de la Patilla; vistió un terno grana y oro.

8 de septiembre.—**ANTONIO ORTEGA (MARINERO)**.—Alternó con José Ruiz (Joseito), siendo «Ramos», colorado, de don José Gómez, el primer novillo que estoqueó en esta Plaza; vistió también de grana y oro.

Año 1882

1 de enero.—**ANTONIO SANCHEZ (NUEVO TATO)**.—Alternó con «El Mulato Mery», siendo el novillo de don Pedro Barranco.

27 de agosto.—**MANUEL DIAZ (LABI)**.—Alternó con Gabriel López (Mateito), siendo «Cervato», retinto, de don José Gómez, el primero que estoqueó en esta Plaza; vistió un traje verde y plata.

Año 1883

1 de enero.—**ANTONIO CHAVARRIA (EL ARAGONES)** y **BERNARDO HIERRO**.—Lidieron cuatro novillos de don José Gómez, de Colmenar; vistieron trajes grana y negro y azul y plata, respectivamente.



Rafael Bejarano
(Torero)

Año 1884

16 de marzo.—**ANGEL VILLAR (VILLARILLO)**.—Alternó con Antonio Fuentes (Hito), hermano de «Bocanegra», y Tomás Parrondo (Manchao), lidiando seis no-

Como aportación a la historia de la Fiesta en Madrid, comenzamos hoy a publicar una detallada relación de cuantos matadores de novillos han hecho su presentación en alguna de nuestras Plazas desde el año 1881 hasta nuestros días.

En este trabajo se especifican el día de la presentación, el nombre de los espadas que compusieron el cartel, ganadería del primer novillo que estoquearon, el color del traje de luces que vistió el debutante y algunas otras particularidades que satisfagan la curiosidad de los aficionados.

Deseamos que esta historia curiosa sea del agrado de nuestros lectores.

villos de Ramírez y Anguas; vistió un terno amaranco y negro.

23 de marzo.—**FERNANDO GUTIERREZ (EL NIÑO)**.—Alternó con Antonio Ortega (Marinero), y el primer novillo que estoqueó fué de López Navarro; vistió un traje morado y oro.

15 de agosto.—**RAFAEL BEJARANO (TORERITO)**.—Alternó con José Ruiz (Joseito). El primer novillo que estoqueó fué «Descolorido», colorado, de Surga; vistió un terno encarnado y plata.

23 de noviembre.—**LEANDO SANCHEZ DE LEON (CACHETA)**.—Alternó con Fernando Gutiérrez (Niño), y los novillos, de Gutiérrez, de Benavente; traje encarnado y negro.

Año 1885

30 de agosto.—En esta corrida se presentaron en Madrid, como matadores de novillos, los banderilleros de «Lagartijo» **MANUEL MARTINEZ**



Rafael Rodríguez
(Mojino)

(MANENE), **RAFAEL GUERRA (GUERRITA)** y **RAFAEL RODRIGUEZ (MOJINO)**, que vestían, respectivamente, de verde botella y oro, azul y plata y tórtola y plata. El otro espada que actuó fué Rafael Bejarano (Torero), banderillero también de «Lagartijo», y los novillos que torearon fueron de Veragua.

15 de noviembre.—**JOSE ALVAREZ (GUADALAJARA)**.—Alternó con Francisco Parrondo (El Oruga), siendo el primer novillo que mató de don Fernando Gutiérrez; vistió un terno tórtola y oro.

Año 1886

31 de enero.—**ANTONIO PRETEL**.—El primer número del programa de esta corrida era la lidia de dos novillos de don Pedro de la Morena, por el citado diestro, que vestía de azul y plata.

21 de febrero.—**JUAN MANUEL CAMPOO**.—Alternó con Leandro Sánchez (Cacheta), y los novillos fueron de don Jacinto Trespalacios; vistió un terno grana y plata.

25 de marzo.—**FRANCISCO AVILES (CURRITO)**.—Alternó con Tomás Parrondo (Manchao) y Raimundo Rodríguez (Valladolid), siendo los novillos de don Joaquín Castrillón; vistió un terno morado y oro.

29 de junio.—**JUAN CORTES LEON**.—Alternó con «Cacheta», y los novillos fueron del marqués viudo de Salas.

1 de agosto.—**JUAN JIMENÈZ (ECIJANO)**.—Alternó con «Cacheta», y los novillos, de don Carlos López Navarro; vistió un terno encarnado y plata.

15 de agosto.—**ENRIQUE SANTOS (TORTERO)**.—Alternó con Tomás Parrondo (Manchao), siendo los

novillos de don Francisco Robledo; vistió un terno celeste y plata.

29 de agosto.—**JOSE HERNANDEZ (CALVILLO)**.—Alternó con Leandro Sánchez (Cacheta), y los novillos fueron de don Máximo Hernán; vistió un terno lila y plata.

8 de septiembre.—**MANUEL BLANCO (BLANQUITO)**.—Alternó con Enrique Santos (Tortero), y vistió un traje morado y oro.

21 de noviembre.—**ANTONIO LOPEZ (EL GRANADINO)**.—Toreó con Galindo, Valladolid, «Cacheta», «Nuevo Tato» y «Ojitos» (Saturnino), siendo los novillos de don Alejandro. No llegó a estoquear por retirarse enfermo a la enfermería.

Año 1887

25 de julio.—**FRUTOS BLAZQUEZ (EL ESTUDIANTE)** y **JOAQUIN MUÑOZ (BELLOTO)**.—Lidieron ambos cuatro novillos de don Manuel Montes, y vistieron trajes encarnado y plata y azul y oro, respectivamente.

14 de agosto.—**RAFAEL RAMOS (MELO)**.—Alternó con Tomás Parrondo (Manchao) y Antonio Escobar (El Boto); el primer novillo que estoqueó fué «Cerrojito», negro, bragado, de Patilla, y vistió un terno grana y negro.

14 de agosto.—**ANTONIO ESCOBAR (EL BOTO)**.—Alternó con Tomás Parrondo (Manchao) y Rafael Ramón, siendo «Pedrero», colorado, de Veragua, el primer novillo que estoqueó; vistió un terno azul y oro.

15 de agosto.—**FRANCISCO GONZALEZ (FAICO)** y **ENRIQUE VARGAS (MINUTO)**, espadas de una cuadrilla de niños sevillanos que lidieron reses de Bertólez y de don Eduardo Sánchez; vistieron trajes rosa y negro y celeste y plata, respectivamente.

15 de agosto.—**CAVETANO LEAL (PEPE HILLO)**.—Estoqueó un novillo de don Eduardo Sánchez al estilo y traje de la época de José Delgado (Illo).

25 de diciembre.—**FRANCISCO S. FERNANDEZ (EL CABALLERO)**.—Alternó con Hermenegildo Ruiz (Chaval) en la lidia de cuatro reses de don Pedro Corral, y vistió un traje morado y plata.

Año 1888

10 de mayo.—**JUAN VILLEGAS (LOCO)**.—Alternó con José Ruiz (Joseito) y Eusebio Fuentes (Manene). El primer novillo que estoqueó fué «Bizcochero», negro, de don José Orozco; vistió un terno carmesí y plata.

5 de agosto.—**JOSE RODRIGUEZ (PEPETE)**.—Alternó con Tomás Parrondo (Manchao). El primer novillo que mató fué «Bragadito», número 16, berrendo en negro, de González Nandín; vistió un terno verde y oro.

24 de septiembre.—**MANUEL CALLEJA (COLORIN)**.—Alternó con Francisco González (Faico). El primer novillo que estoqueó fué de don Raimundo del Río, y vistió un terno encarnado y plata.

30 de diciembre.—**ANTONIO MORENO (LAGARTIJILLO)**.—Alternó con José Rodríguez (Pepete) en la lidia de cuatro reses de Pérez de la Concha; vistió un terno café y plata.



Antonio Moreno
(Lagartijillo)

Año 1889

29 de junio.—**JUAN GOMEZ DE LESACA**.—Alternó con José Rodríguez (Pepete), siendo «Carpintero», castaño, de Pérez de la Concha, el primer novillo que estoqueó; vistió un terno azul y oro.

30 de junio.—**FERNANDO LOBO (LOBITO)**.—Alternó con «Lagartijillo»; el primer novillo que estoqueó fué «Chispo», colorado, de Carrasco; vistió un terno rosa y oro.

18 de agosto.—**FRANCISCO JIMENEZ (REBUJINA)**.—Alternó con José Villegas (El Loco), y el primer novillo que mató fué de don José Orozco; vistió un traje grana y oro.

1 de septiembre.—**CASTO DIAZ y MANUEL NIETO (GORETE)**.—Estoquearon reses de don Juan Moreno, el primero, y de Ibarra, el segundo, y vistieron trajes azul y negro y verde y oro, respectivamente.

8 de septiembre.—**FRANCISCO OJEDA y CANDIDO MARTINEZ (MANCHEGUITO)** estoquearon novillos de Pérez de la Concha y de don Agustín Solís; vistieron trajes café y oro y grana y oro, respectivamente.

Año 1890

9 de marzo.—**JUAN ANTONIO CERVERA**.—Alternó con Juan Gómez de Lesaca; el primer toro que estoqueó fué «Lechuguino», número 3, colorado, de doña Carmen García (Aleas); vistió un traje encarnado y plata.

23 de marzo.—**JOSE ROGER (VALENCIA)**.—Alternó con José Rodríguez (Pepete); primer novillo que mató, «Dominico», negro, de López Navarro; traje verde y oro.

30 de marzo.—**EMILIO RUIZ (LAGARTIJITO)**.—Alternó con «Pepete». El primer novillo que estoqueó fué «Bordador», número 7, colorado, de López Navarro; vistió un terno azul y plata.

15 de agosto.—**SANTIAGO SANCHEZ (CERRAJERO)**.—Alternó con «Mancheguito» y «El Peruano»; el primer novillo que estoqueó fué «Bravito», número 40, negro zaino, de Torres Cortina; vistió terno verde botella y oro.

15 de agosto.—**ANTONIO PASTRANA (PERUANO)**.—Alternó con «Mancheguito» y «El Cerrajero»; primer novillo que estoqueó, «Caribello», número 59, negro, listón, de Torres Cortina; traje que vestía, azul y plata.



Juan Antonio
Cervera

(Continuará)

“SEVILLA en la historia del toreo”

Un libro interesante y magistral de Luis Toro Buiza

QUIEN puede poner en duda la primacía que corresponde a Sevilla en nuestra Fiesta Nacional? De allí salieron las figuras más preeminentes. Y la afición, desde chicos, en el juego callejero de los barrios, y en las escapadas, de adolescentes, a las dehesas y cercados, de noche, desafiando riesgos y vigilancias, para torear bajo la luna. La cría de reses bravas, con los nombres de famosos ganaderos. La antigüedad de sus Plazas y la severidad que tradicionalmente se tuvo, para el acceso a ellas, de los espadas y para la concesión de trofeos en los trances de éxito. La Escuela de tauromaquia. Hasta el ambiente y la preferencia por el tema taurino en las conversaciones. Todo le da a Sevilla el carácter de cuna y la riqueza indudable de una solera en el arte de “Costillares”. Y para broche, ser la patria chica del coloso inolvidable, José Gómez, y también de Belmonte, el revolucionario.

Pero con ese rango y singularidad, estaba sin acometer la historia, relación exacta de la aportación, costumbres, primeras corridas como espectáculo, iniciación del toreo a pie, figuras relevantes, episodios, anécdotas. Y esto lo ha realizado con un sentido de docta investigación, certeramente acompañada de amenidad, don Luis Toro Buiza, culto escritor, director del Archivo Hispalense y gran aficionado. Ha servido de base —de inspiración, porque los empeños son distintos— a este libro la Exposición que en 1945 organizó el Ayuntamiento sevillano, referida exclusivamente al arte del toreo. Cuadros célebres, gentilmente cedidos por sus propietarios; esculturas —parte de la obra de Benlliure—, grabados antiguos, curiosas litografías y dibujos, documentos, trajes de torear de distintas épocas y de

artistas famosos, y una extensa bibliografía, todo ello perfectamente ordenado, venía a ser como la noticia plástica, concretada en recuerdos. Faltaba, sin embargo, la crónica. Y Toro Buiza, después de una labor ardua y tenaz, de búsqueda de papeles, de consultas y detenidas lecturas, la ha compuesto, llevando a la parte ilustrativa de su obra la reproducción de muchos de los elementos que integraban aquel certamen del Concejo sevillano.

Ha conseguido un conjunto de estampas, ligadas cronológicamente, que vienen a ser el proceso y trayectorias desde los primeros lidiadores; las fiestas en Sevilla en el siglo XV, acuerdos, disposiciones y pragmáticas. La Sevilla del XVI, en donde paseó su desesperanza un soldado inválido, que la posteridad reclamaría para su primer grado en las letras —Miguel de Cervantes y Saavedra—, con la cogida y muerte de “Rehilete” —o “Reguilete”—, precursor, acaso, de la profesión de torero, da lugar al autor a fijar recuerdos, base espléndida de la historiografía, en uno de los capítulos más sugestivos de su libro, al que sigue el diseño histórico de las capeas, las

Plazas sevillanas y algunas corridas —fiestas de toros y cañas—, ya como espectáculo público, entre las que descuellan las que se daban en la Plaza de San Francisco, en el XVIII, que generalmente se organizaban en ocasión de acontecimientos regios, visitas o celebraciones, esponsales o nacimientos. Todo lo cual se completa con sucintas y documentadas biografías de toreros célebres, como “Costillares” y “Pepe Illo”, aparte de otros muchos, que nacieron o tuvieron su preferido escenario en Sevilla. La reunión, en el apéndice de documentos, fruto de la paciente, inteligentísima labor de Toro Buiza, avalora lo que es relato y comentario, convirtiendo el libro en una de las mejores y más interesantes obras de consulta. La segunda parte la ha consagrado el autor íntegramente al recuerdo de la Exposición del año 45, con una rica profusión de grabados, retratos de toreros, cabezas de toros, obras de arte en lo pictórico y en escultura, vestidos de torear y otros objetos.

La historia del toreo, referida a Sevilla, es un valioso documento. En la actualidad, cuando se cultiva tan intensamente la bibliografía taurina que por diversas razones —la muerte de un gran torero despierta siempre un interés que intensifica la devoción por el tema— es preferida por el público, este libro del investigador hispalense llega con manifiesta oportunidad. Los que, buenos aficionados, son algo más que meros asistentes a las corridas, encontrarán en “Sevilla en la historia del toreo” un conjunto de noticias, un acervo de datos que hará seguramente incluir el libro de Toro Buiza en las bibliotecas de todos los amantes de la Fiesta.

FRANCISCO CASARES

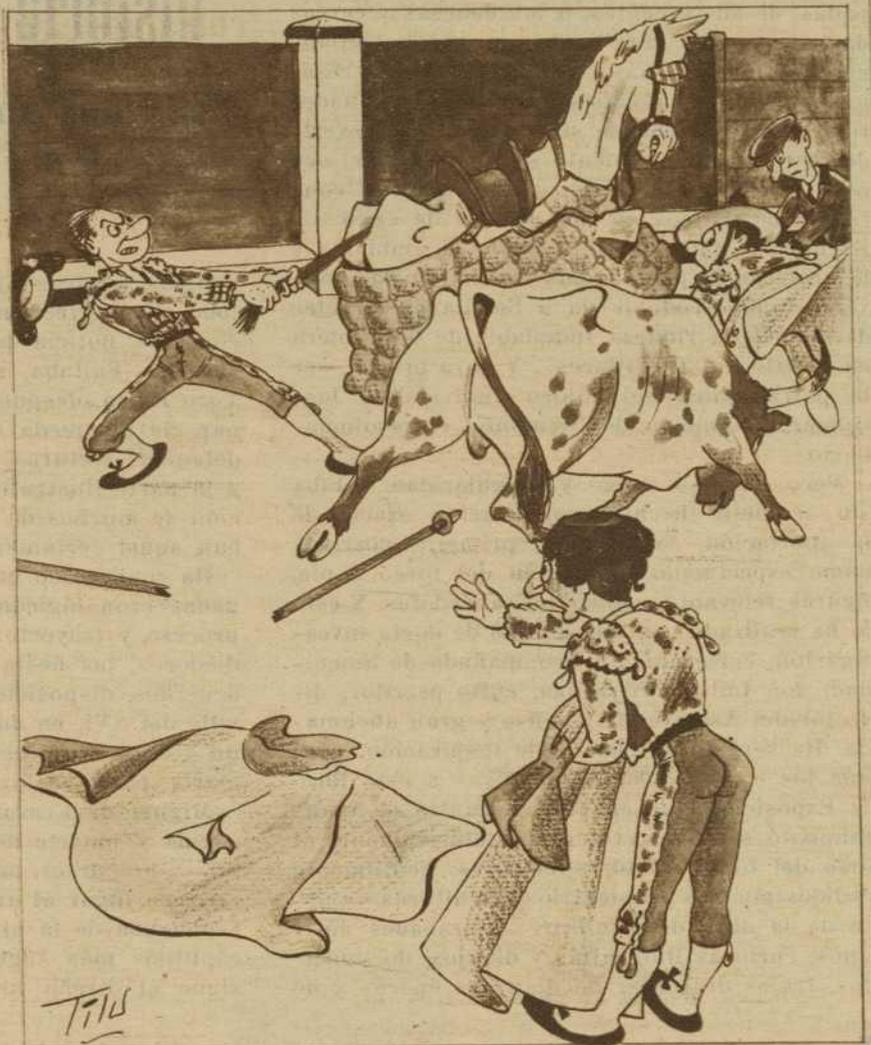


HUMOR TAURINO, por Tulu y Miguel



NUEVO PICADOR

—¡No, hombre, no..., si el peto no es «pa» ti, es «p'al» caballo...!



CONFUSION

—¡Sí, hombre, te dije que coleases, pero era al toro...!



Los apuros del rotulista tartamudo.



El triunfo del matador, o la ruina del carnicero.

EL DURO APRENDIZAJE DEL TOREO

NINGUN aprendizaje tan duro como el del torero. Y, sin embargo, en las charlas con los que triunfaron en la Fiesta hemos comprobado cómo muchos, al recordar los años de su iniciación, sienten que se acelera el ritmo de su corazón y que por sus ojos pasa, como una ráfaga de maravilla, la lejana visión de los días juveniles. Muchos de ellos no buscan la evocación de las jornadas triunfales, ni siquiera en el riesgo de las cornadas, ni el balance de trofeos conquistados.

En cambio, los caminos solitarios a la luz de la luna, los asaltos a los cercados, los describen con palabras temblorosas y emocionadas, que encierran toda la dulzura del recuerdo.

—De todos los enemigos —decía un famoso lidiador— con que el torero tiene que luchar, el único infeliz es el toro.

Y así es. Los aficionados de Triana, de San Bernardo, o los de las Ventas, o los del Puente de Toledo; los que en la esquina de un callejón sevillano o madrileño se paran a contar proezas de fantasía, darán la razón si se les preguntase.

Entonces, como ahora y como siempre, un muchachito de dieciséis años se juntaba en su barrio con otros de su igual. Allí para marzo comenzaban a inquietarse, y el mocito, con el grupo de mozalbetes que le seguía, tramaba la escapada.

Una chaquetilla corta o una blusa que se anudaba por delante, una vieja muleta doblada como faja sobre el pantalón, un pañuelo grande para liar los capotes y un palo para colgarse el hato al hombro, y los mozos estaban prestos para la pelea.

Lo más temeroso para ellos no son los toros boyancones, lidiados cientos de veces, que porfiadamente buscan la carne para herir.

Los mozos del tren, los escopeteros y los guardas de las dehesas son para los torerillos personajes más temibles, que no se olvidan en toda la vida.

Duros y fuertes, hambrientos y abrasados por el sol, día tras día desafían las asechanzas de la muerte, tratando de romper el anónimo. Para los toreros en agraz es un regalo andar por los caminos mordisqueando un pedazo de pan o la fruta del ajeno cercado. Dormir al raso en las cunetas de las carreteras, al amparo de las paredes de los cortijos o entre la paja de un almiar.

Y a torear a la luz de la luna o alumbrados por

“De todos los enemigos con que el torero tiene que luchar, el único infeliz es el toro”

La odisea de Juanito Romera

el resplandor de una pequeña hoguera. Otras veces no hay otro recurso que, tras franquear la barrera, irrumpir en los ruedos para luchar a brazo partido con los toreros, los guardias, las asistencias de la Plaza y... el toro.

Por una vez, nuestra pluma, habituada a dar con minucia analítica los hechos de los triunfadores, va a sintetizar con trazo ligero un caso cualquiera de la interminable relación que bien pudiera hacerse con los artistas del mañana.

Juanito Romera cuenta hoy diecisiete años. Es hijo de un electricista de Linares. A los doce años, Juanito se terció su capichuela, metió en una bolsa sus bártulos y, con mucha parsimonia de hombrecito que presume de ello, paso a paso se largó a la primera capea. Le siguen tres chavesas, y entre todos reúnen cien pesetas por todo capital social.

No se dan bien las cosas

do y lanzado a gran altura. En la caída se fractura el brazo derecho y es curado de primera intención en casa del alcalde.

En la Casa Rectoral encuentran los torerillos cena y unas pesetillas que el celoso Páter distribuye, un tanto emocionado, al despedirles.

Regreso al hogar con el brazo entablillado. Lloros maternos, reconvenciones y nueva escapada, pues por algo el muchacho quiere discurrir por su cuenta y riesgo.

La segunda escapada tiene por meta Jaén. La luna contempla cómo Juanito Romera y un su amigo asaltan la cerca que circunda el ganado de don Angel Ligerio. Con gran trabajo apartan un novillito, al que se hartan de torear.

Pero al regreso van a dar de bruces con los mosquetones de la pareja de la Guardia civil. Tras un solfeo de costillas y pérdida de los capotes, los malletas pueden seguir su camino —un camino de setenta kilómetros— de regreso.



en el pueblo donde arriban. ¿Dónde ir, entonces? ¡Bah! A Madrid. Lo de menos es que ninguno de los cuatro haya estado en la catedral del toreo. Por los alrededores de la capital de España abundan las capeas, y malo ha de ser no topar con alguna.

En Atocha les informan que a la sazón se están celebrando las de San Fernando. Allí se encuentran con unos buenos mozos de Galache y un verdadero enjambre de competidores.

Juanito consigue meter su muletilla y hacer ante el burel algo de lo mucho tantas veces ensayado al aire libre. Tanto se confía, que resulta empitonada

Consigue torear en Madrid con motivo de celebrarse un festival benéfico. Mata un utrero del duque de Tovar, concediéndosele una oreja. Este éxito le da derecho a vestirse de torero por vez primera el 25 de agosto de 1945 en El Escorial.

Sigue Romera su existencia errante y bohemia. El pasado mes de septiembre acude a Vicálvaro en plan de espectador. En el segundo toro, el matador invita a Juanito a que toree. Este, encantado, accede, con la aquiescencia del usía. Al dar un natural muy cerrado, sale enganchado por la pierna izquierda. Pierde mucha sangre cuando a toda prisa es traído a Madrid.

Cuando llega al quirófano del hospital, su aspecto es el de un moribundo. Por fortuna, cae en buenas manos: en las del experto cirujano doctor Gómez Oliveros, ayudante de don Luis Giménez Guinea, avezado, como éste, a intervenir en casos extremos. Dos transfusiones de sangre, un millón de unidades de penicilina, y al cabo de cinco días de debatirse entre la vida y la muerte, el muchacho de Linares salva la vida.

La cornada no hace mella en el ánimo del torerillo. El, como Diego Rodríguez, Joselito Montero, Octavio Martínez y tantos otros, camina con derecho a lo suyo.

La tozudez de estos muchachos es un hacha de dos filos con la que se abren camino a través del bosque intrincado de dificultades.

La anécdota de estos hombres, aun siendo mucha, vale menos que la categoría de su esforzado carácter, labrado de una sola pieza.

LOS TOROS EN EL NORTE

Evocación taurina de SANTANDER

SI en relación con la Fiesta nacional Santander careciese de historia para figurar su nombre en biografías y textos taurinos del porvenir, le bastaría el hecho de haber sido su Plaza la última de la que saliera indemne «Manolete» —dos fechas antes de la mortal cogida—, así como el ser escenario del postrer homenaje ofrecido en vida al famoso diestro cordobés. La simpática ofrenda consistió en un brindis de Rovira a Manuel Rodríguez (q. e. p. d.) cuando tocaron a matar el último de los toros, de don Rogelio Miguel Sánchez del Corral, lidiados aquella tarde (26 de agosto de 1947), en cuya corrida también tomaba parte Juanito Belmonte con los mencionados matadores. ¡Qué ajenos estábamos los presentes al próximo y trágico desenlace de Linares!

Pero la atractiva capital cantábrica, aparte de lo indicado, cuenta con tradición y sucesos taurinos que la colocan en un primer plano entre las nordestinas ciudades, en el aspecto a que nos referimos. Así, con motivo de las fiestas celebradas en España por la exaltación al trono de Carlos IV, en los días 19, 20 y 21 de febrero de 1789, se corrieron toros en el sitio que se llamaba la Plaza Vieja, de la capital montañesa, cuyos astados procedían de las Encartaciones y Pancorbo, siendo mil reales el costo de cada res, aparte de los gastos ocasionados por su conducción, que importaron 838 reales. Con el tiempo cambiaron de lugar las corridas, celebrándose en la llamada Plaza Nueva —en la que más tarde se instaló el mercado del mismo nombre—, y posteriormente en la de Botín, hasta que, mediado el siglo XIX, se construyó la primera Plaza de toros en los terrenos de lo que actualmente se denomina calle de Juan de Alvear. Por aquellas fechas —17 de agosto de 1846— ocurrió un desagradable incidente, que tuvo su gestación en una corrida, en la que actuaba el célebre «Chiclanero». Se lidiaban ocho toros de Murillo, Elorz y Poyales, con seis años cumplidos todos ellos, y un respetable poder, por lo que causaron un gran destrozo en la caballería y el consiguiente temor en los varilargueros, que achacaban los continuos batacazos a las malas condiciones de los jamelgos, terminando por adoptar una postura de pasividad, de la que parece ser se hizo solidario el espada, quien se insolentó con el jefe superior político (gobernador civil), que lo era don Manuel García Herreros, cuya autoridad ordenó la detención de las cuadrillas y su conducción a la cárcel, con José Redondo a la cabeza. Una gran muchedumbre acompañó por las calles a los toreros, que marchaban a pie y vestidos de luces, fuertemente escoltados, camino de la prisión. El gentío pedía a grandes voces la libertad de los lidiadores, llegando a representar una amenaza para el orden público, por lo que tuvo que intervenir alguna fuerza del Ejército. Sonaron unos disparos (hay quien dice que uno sólo, involuntariamente producido por un soldado), y en la calle de Becedo, esquina a la

cuesta de Garmendía, cayeron muertos un joven industrial, llamado Simón Garriga, y un cantero, que casualmente, y ajeno al motín, entraba en su domicilio. A las doce y media de aquella noche fueron excarcelados los toreros, si bien el «Chiclanero» fué castigado con una multa de 6.000 reales.

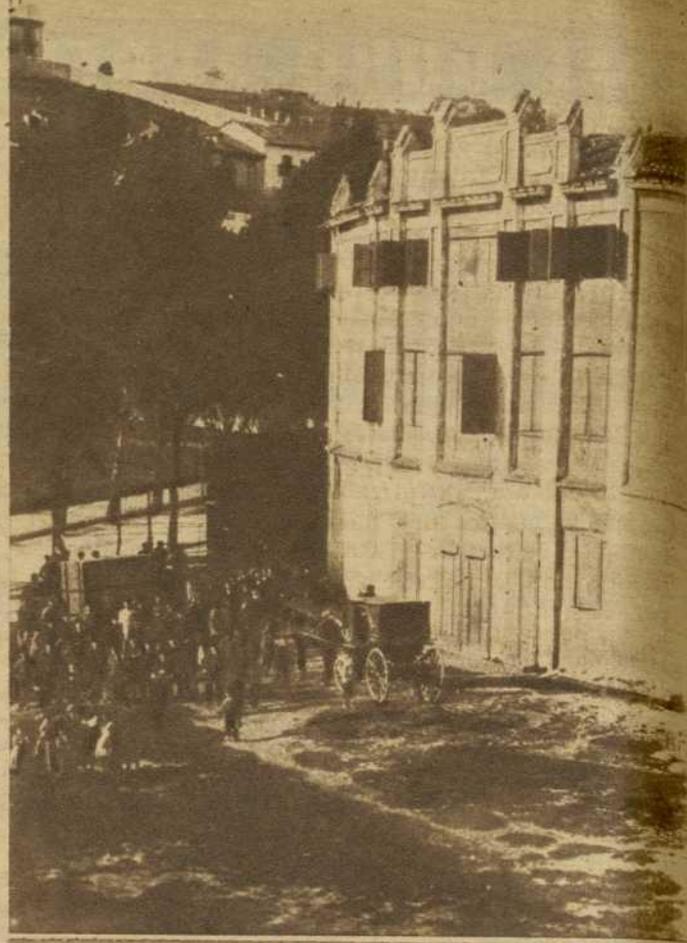
Otra Plaza hubo, con mejor acondicionamiento y capaz para 6.000 espectadores, en Molnedo, inaugurada el día 4 de agosto de 1859 por «Cúchares» y el «Tato», que estoquearon reses de Veragua y de Rodríguez, siendo «Mojoso», del Duque, el primer toro lidiado en aquel coso. El día 20 de julio de 1890 se celebró el último festejo celebrado en esta Plaza, corriéndose ganado de Udaeta, que fué muerto por Manuel García, «el Espartero», y Juan Jiménez, «el Ecijano», sustituyendo éste a Fernando Gómez, «el Gallo», que no pudo tomar parte en la Fiesta, para la que estuvo anunciado. El último toro arrastrado se llamaba «Doblaíto».



Una vista de la actual Plaza de la capital montañesa



Los seis buenos moños de Udaeta lidiados en la última corrida celebrada en la Plaza vieja de Santander (De la colección Ruiz Pellón)



Un aspecto del exterior de la vieja Plaza santandereña, en la que se celebraron festejos desde 1859 a 1890 (De la colección Ruiz Pellón)

Y cinco días más tarde se abría la nueva Plaza de Cuatro Caminos, con un aforo de 11.000 localidades, construida por el arquitecto don Alfredo de la Escalera. El cartel de inauguración lo componían José Sánchez del Campo, «Cara Ancha», y Luis Mazzantini, encargados de la lidia de toros del conde de la Patilla, siendo, por tanto, de esta ganadería «Sanguijuelo», el toro que abrió plaza en el actual ruedo santandereño.

Un hecho muy destacado en esta Plaza fué la corrida monstruo, celebrada el jueves 26 de junio de 1913, en cuya fecha se corrieron dieciocho toros, en tres series. La primera tuvo lugar por la mañana, con seis de Benjumea, para Vicente Pastor, «Cocherito de Bilbao» y «Torquito» (éste resultó herido de alguna consideración); por la tarde hicieron el paseo, juntos, «Machaquito», «Bombita», «el Gallo» y «Joselito», si bien se quedaron solos en el ruedo, primeramente, «Machaquito» y el menor de los «Gallos», para entenderse con astados de Parladé, y después, Ricardo y Rafael torearon y mataron seis bichos de Saltillo. No acudió mucha gente a presenciar el dilatado espectáculo, a causa del mal estado del tiempo, aunque por la tarde se animó algo la entrada, y acertaron los que así hicieron, ya que la parte más entretenida del festejo fué la final, estando muy requetebién «Bombita» (cortó una oreja), no quedándose atrás el «divino calvo».

Entre las fechas que con mayor agrado se recuerdan por los aficionados, por lo acaecido en la Plaza de Santander, figura la del 3 de junio de 1920, festividad del Corpus, en la que se consagró la bien merecida fama que de novillero tenía (no menaguada de matador de toros) Manuel Granero, que hizo una soberbia faena a «Brasilero», bravo animal de Angoso, corrido en último lugar, y que fué desorejado. Con el valenciano toreaban aquella tarde «Angelillo

de Triana» y «Carnicerito». Y memorable es, igualmente, la labor artística y valerosa llevada a cabo con la muleta por Juan Belmonte con el toro «Granadino», cárdeno y coliblanco, perteneciente a don Félix Moreno Ardanuy, cortando una oreja el coloso de Triana. Todo ello en presencia de la real familia y de la tripulación del acorazado yanqui «Menphis», en la tarde del 1 de agosto de 1926, en la que, con «Terremoto» torearon «Fortuna» e Ignacio Sánchez Mejías.

Alternativas (que yo recuerde), se celebraron en la Plaza santanderina la de Braulio Lausín, «Gitanillo», otorgada por Sánchez Mejías el día 10 de agosto de 1922, cediéndole el toro «Tarifeño», de Surga, actuando como testigos Maera y Marcial Lalanda; la de Antonio García, «Maravilla», con el toro «Hortelano», de Antonio Pérez, cedido por Marcial, el día 7 de agosto de 1932, testificado por Solórzano y Manolo Bienvenida, alcanzando un gran éxito el recién doctorado al cortar las dos orejas y el rabo del noble toro salmantino, y la de Lorenzo Garza, de manos de Pepe Bienvenida, que le cedió la muerte de un ejemplar de don Celso Cruz del Castillo, el día 6 de agosto de 1933.

Una nota agradable de las corridas de toros en la Plaza de Santander es que no ha muerto, afortunadamente, ningún torero en la misma, a pesar de haber sufrido en ella graves cornadas algunos diestros. De ellas vienen a mi memoria la recibida por Francisco Bonal, «Bonarillo», inferida por el toro «Granadero», retinto, albardo y corniveleto, que fué un verdadero «regalo», hasta el extremo de que el público pidió, dado su grado de peligrosidad, que no lo matase Antonio Reverte, que alternaba con el herido, accediendo el presidente, por lo que fué devuelto al corral aquel «angelito» de Udaeta, lidiado el día 29 de julio de 1895. El día de Santiago de 1904, un miura, lidiado en quinto lugar, produjo una herida de gran extensión a Joaquín Hernández,

«Parrao», que toreaba con «Machiquito». También, en la misma festividad, cinco años más tarde, toreando «Pepete», Francisco Martín Vázquez y Rodolfo Gaona, toros de don Vicente Martínez, el bicho corrido en segundo lugar salió de «estampía», después de un par clavado por «Posturas», y en su huida cogió de lleno a «Pepete», que había estado muy valiente en su primero, por lo que recibió un regalo del príncipe de Mónaco, ocasionándole una herida de suma gravedad, de la que tardó bastante en reponerse. Un toro de Saltillo prendió a «Manolete», el día 7 de agosto de 1910, hiriéndole en un muslo; los espadas que acompañaban al padre del «monstruo» aquella tarde eran Vicente Pastor y «Relampaguito». Una cogida que produjo mucha impresión a los que la presenciaron fué la de Vicente Pastor, el día 30 de julio de 1911, cuando, después de colosal volapié, intentaba arrancar el estoque con una banderilla, momento que aprovechó el miura para propinarle una gran cornada en el cuello; el madrileño toreaba aquella corrida, mano a mano, con «Cocherito de Bilbao». También fué muy aparatoso, y de bastante importancia, el percance sufrido por Antonio Fuentes, que alternaba con José García, «Algabefo», al intentar cambiar un par a un toro de Saltillo, el día 28 de julio de 1912. Y José Luis Vázquez, el 25 de julio de 1943, fué herido de gravedad en la cara por un toro de Escobar, siendo los matadores que con el torero de San Bernardo componían la terna «el Estudiante» y «Morenito de Talavera».

En la Plaza Vieja sí hubo que lamentar una muerte, pero no la de un torero, sino la de un guardia municipal, llamado Vicente Sordo Ruiz, que fué alcanzado en el callejón por el cuarto toro lidiado en la tarde del 27 de julio de 1883 sufriendo un cornalón en el cuello, que le interesó la yugular, sin que los auxilios de la ciencia pudieran salvarle.

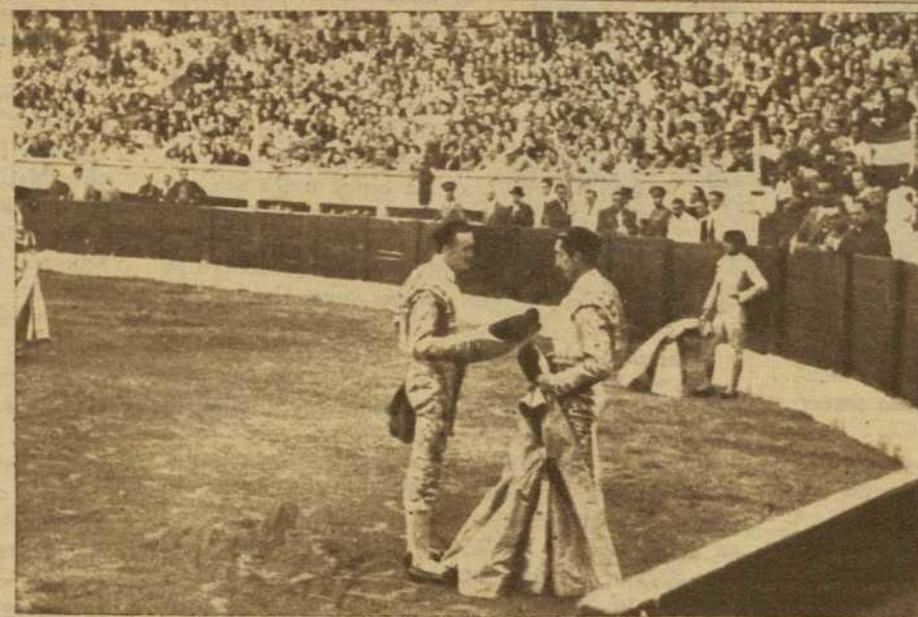
Aquella región es cuna de mata-



Las cuadrillas que actuaron en la tarde de la corrida monstruo hacen el pasajillo (Colección de Jesús Girón)



Un detalle de la lidia en la primera serie de la tarde de la corrida-monstruo, alternando «Machiquito» y «Gallito Chico» (Colección de Jesús Girón)



«Manolete», vestido de rosa y oro, recoge el brindis de «Rovira» en el ruedo santanderino, dos días antes de torear su última corrida (Foto Samot)

dores de toros y de novillos, de los que recuerdo, entre aquéllos, a Esteban Salazar y Félix Rodríguez, así como, entre los que no llegaron a recibir la alternativa, a los hermanos Díez Limiñana (Darío y Tomás), Ambrosio Sarmiento de la Incera, Andrés Pérez García, «Montañesito»; Manuel Molina (que luego fué asesor), José Puente, «Troni», y Manuel Menchaca, dejando en último lugar al célebre Isidoro Cosío, «Lechuga», cuya celebridad se debe a su figura grotesca y ridícula vestimenta, que en unos provocaba la hilaridad, mientras otros sentían compasión por aquel desgraciado, que falleció en el hospital de San Rafael en el mes de julio de 1912 sin haber visto realizados sus sueños de gloria.

Buenos aficionados he conocido en Santander, como José Agüero, que ha toreado en diversos festivales, luciendo sus buenas cualidades de rehiletero; Paco Sarabia, que también se ha puesto más de una vez delante de la fiera; Alejandro Estrada, y mi buen amigo Jesús Girón, amante de la Fiesta como el que más, y coleccionador de «cosas del toro», que hacen de su casa un ameno museillo.

Al existir una selecta afición, es natural que abunden las «peñas», de las que se pueden mencionar el Club Taurino Montañés, Club Félix Rodríguez, Tertulia Taurina Kines y la Peña Menchaca, en las que se comenta lo habido y por haber, con la seriedad característica de aquella tierra agradable, avanzada de Castilla en el Cantábrico.

UN claro ejemplo de vocación es el banderillero Benito Martín Nieto, «Rubichi». En su deseo por abrirse paso en la senda emprendida, nada le importó: Ni las negativas. Ni los desaires. Ni ese tacto de codos de los ya consagrados, que defienden sus posiciones como sea y a costa de lo que sea. Ni esos días aciagos en que parece que todo termina en torno nuestro...

Hoy, a los treinta y seis años de bregar en el oficio, «Rubichi» puede enorgullecerse de haber consolidado un puesto prestigioso en el toreo, que, entre otras cosas, le ha servido para alcanzar la admiración de sus paisanos de Lora del Río, de donde —cosa extraña en una villa importante de Sevilla— no ha surgido otro profesional del toreo que Benito Martín. Pero no vale adelantar los acontecimientos.

Benito, que había nacido el 18 de septiembre de 1897, se trasladó a vivir a Sevilla cuando contaba trece años. Como José, «Limeño», «Pacorro», «Facultades» y tantos otros, el pequeño de Lora del Río se hizo torero jugando al toreo en la Alameda de Hércules.

Al año siguiente —1911— se traslada con su inseparable amigo «Faculta-



«Rubichi», al lado de su actual maestro Pepín Martín Vázquez

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS BANDERILLEROS ACTUALES

BENITO MARTÍN, «RUBICHI», actuó diecisiete veces consecutivas en el ruedo de Tetuán



«Rubichi»

des» a la finca de Benjumea para asistir al primer tentadero, cubriendo a pie la distancia que separa a Brenes de Sevilla. Dirigen la faena los «Gallos» y Curro Martín Vázquez. Este, a quien va recomendado «Facultades», le autoriza para que baje de la tapia y que toree una becerria. «Rubichi», al ver que nadie se acuerda de él, inicia una «perra» fenomenal, y «Joselito», a quien le ha hecho gracia el desconsuelo del torerillo, ordena den suelta a una becerria chica para calmar el disgusto del pequeño.

Este rasgo del menor de la «señá» Gabriela parece obligarle a Benito a estar en perpetuo agradecimiento con su protector. Y a partir de este momento, a pie, siguiendo el trote de los caballos o encaramado en la trasera de algún vehículo, acompaña a José por tientas y herraderos, sirviéndole de mozo de cuadra, de recadista, de lo que sea, con tal de mostrar su gratitud y... de paso torear cuanto le dejen.

Por aquella época, «Gallito» había construido para su recreo y entrenamientos una placita en su finca sevillana «La puerta del Lavadero». Sucedió que el banderillero «Mundito» le pidió permiso para organizar alguna corrida, a lo que José, siempre en plan de complacer, accedió, poniendo como única condición que diera paso a «Rubichi» en el primer festival que se montara.

Y el 26 de enero de 1914 se dió la primera corrida, alternando «Angelillo de Triana» con «Rubichi de la Alameda», al menos así rezaban los carteles.

En primer término, «Chicuelo» mató un añojo.



«Rubichi» junto a «Chicuelo», el primer matador a quien sirvió

Como resultaran grandes en exceso los bichos de López Plata para la insignificancia de los «chaves», hizo José que salieran a picar «Ceniza», picador de Rafael e Ignacio Sánchez Mejías, que por cierto fué el que picó el bicho que correspondió despachar a «Rubichi».

Este complació al público y a su protector, por lo que a los pocos días salió a matar un novillo de Pablo Romero en la Escuela Taurina de «Carancha», no sin antes tener que anticipar el importe de ciento cincuenta entradas, para lo cual hubo de recurrir a la

bolsa de cierto barbero, amigo suyo, de la Alameda.

Empezó desde entonces a hacerse familiar el apodo de Benito Martín en las capeas de los pueblos de Andalucía. Pero el espaldarazo definitivo surgió en la feria sevillana de 1918 una tarde en la que Gaona, «Joselito» y «Fortuna» lidiaban ganado de Concha y Sierra. «Rubichi», decidido a convertir en realidad sus sueños, se lanzó al ruedo en el primero de la corrida, al que consiguió dar una docena de valerosos muletazos.

Luego, lo habitual en estos casos: la detención, el paseo esposado hasta la Comisaría y el encarcelamiento. Por fortuna, no fué larga la espera, pues aquella misma tarde, «el Almendro», a quien José había comisionado para que se entrevistara con don Guillermo Bullón, a la sazón director general de Seguridad y espectador de la corrida, conseguía la libertad del espontáneo.

Este lance le abre nada menos que las puertas del coso de Sevilla, en el que hace su presentación el 4 de agosto de 1918 con Domingo Domínguez y «Zapaterito», para vérselas con seis astados de la Viuda de Salas.

Consigue excelente éxito, y este año lo repiten, esta vez para lidiar, en unión de Joaquín Miranda y «Pepete», ganado del marqués de Castellones.

Sigue toreado mucho por Andalucía; pero al producirse la tragedia de Talavera, «Rubichi» tanto se amilana, que decide abandonar espada y muleta para convertirse en el peón de confianza de su amigo «Facultades».

Un día tiene una discusión con su maestro, y decidido a cambiar de aires, se viene a Madrid, con billete de caridad. Se hace amigo de un tabernero de la calle de Juanelo, con lo cual asegura la pitanza. Otro le consigue un contrato con la Empresa de Tetuán. El 24 de abril de 1921 le anuncian junto a los nombres de «Currillo» y Nolberto Miguel, para despachar seis de Victorio Torres.

Lo repiten al domingo siguiente con «Currillo» y «Finito de Valladolid», y esta vez dobla los cinco duros de sueldo del debut. Se hace el amo del coso de Tetuán, donde torea la friolera de diecisiete corridas seguidas, acabándose el papel en casi todas ellas y siéndole aumentada cada tarde la soldada en cinco duros.

Llueven los contratos: recorre la Península, torea en Vista Alegre, incluso sale en Madrid en dos festejos nocturnos; pero rivalidades entre su apoderado y Retama impiden cuajar su gran aspiración de torear de día en Madrid.

Esta contrariedad influye poderosamente en el ánimo de «Rubichi», y aunque continúa varcos años en el escalafón novilleril, e incluso en la temporada de 1925 suma 35 corridas, el desaliento va en aumento, y antes de caer en el olvido de los públicos decide cambiar de rumbo.

El 24 de agosto de 1926 actúa por última vez de novillero, para matar en Santander un novillo de Antonio Pérez. Por delante intervino Ignacio Sánchez Mejías en la muerte de tres toros de la misma ganadería.

Al lucir el vestido de plata de los banderilleros, Eduardo Pagés lo contrató como auxiliar del rejoneador Simao da Veiga, trabajando a su lado durante toda la campaña de 1927.

Al año siguiente, su compadre «Chicuelo» reclama sus servicios, precisamente en la temporada clave de sus éxitos, iniciados el 24 de mayo, en la Plaza madrileña, en la memorable faena del toro «Corchaño», de Graciliano P. Tabernero.

Sigue con el diestro sevillano hasta 1935, acompañándole un viaje a Méjico y dos a Caracas. Concluida la guerra, reaparece Benito Martín con Pepi Sánchez Mejías, y a continuación pasa a la cuadrilla de Paco Casado.

El año 43 sirve a Pepe Luis Vázquez; los 44 y 45, al «Andaluz», y los 45 y 47 consigue que Pepín Martín Vázquez aprecie en él a su peón de confianza, título que «Rubichi» no cambia por todo su honorario historial.

Corridas de toros en Méjico, Orizaba y Querétaro.-- Conferencia, en el Club Taurino Madrileño, de Torres del Alamo.-- Tienta en Vadollano.-- Rodolfo Gaona llegará a España en el mes de abril

El que fué famoso matador de toros mejicano junto a «Gallito» y Belmonte, Rodolfo Gaona, llegará a España, acompañado de su familia, en el mes de abril del año próximo.

De no celebrarse en Lima una segunda temporada de toros, Antonio Bienvenida, después de sus actuaciones en Guayaquil, marchará a Nueva York, y desde allí emprenderá el regreso a España para poder comenzar a torear en marzo próximo.

El pasado día 29, en la Plaza de Méjico, se celebró una corrida de toros, en la que se lidiaron seis de Piedras Negras, que en conjunto resultaron mansotes y de tipo boyancón. Los diestros anunciados eran Antonio Velázquez, Luis Briones y Luis Procuna.

El triunfador de la jornada fué Antonio Velázquez, quien en su segundo toro alcanzó un éxito, cortando las dos orejas y el rabo de su enemigo después de una faena temeraria y torera. El público se le entregó incondicionalmente, y después de otorgarle los trofeos citados, tuvo necesidad de dar tres vueltas al ruedo y de salir a los medios por tres veces también a recibir los aplausos. En su primero, Velázquez cumplió y oyó palmas nutridas.

A Luis Briones le tocó el peor lote de la corrida: dos auténticos mansos, con los que el diestro no pudo hacer más de lo que hizo. Al dar una chicuelina fué empitonado y zarandeado, con la impresión de que había recibido una cornada. Quedó resentido, y en estas condiciones de inferioridad muleto hábilmente al manso y lo despachó decorosamente. En su segundo, otro buey auténtico, al que no había manera de hacer tomar la muleta, pues se distraía o bien salía huído de cada pase, Briones agotó su habilidad, pero ante el resultado negativo se decidió a terminar brevemente.

Con Luis Procuna el público estaba disgustado, y le silbó al hacer el paseo por no haber actuado el domingo anterior, cuando fué indebidamente anunciado. También fueron malos los dos astados que le tocaron en el lote, y únicamente su buen deseo de congraciarse con el público le hizo salir triunfante de una mala jornada, según todas las apariencias. En su primero, al que dió unos muletazos de torero bueno, que enardecieron al público, se puso pesado con el estoque, y llegó a oír un aviso. Parte del público silbó, y el resto de la Plaza desagravió a Procuna con una enorme ovación. Con el que cerró plaza se lució en tres magníficas verónicas. Con la muleta porfió con el toro y consiguió unos pases naturales muy buenos. En los varios tiempos de que constó la faena Procuna demostró su gran clase, y el público lo reconoció así ovacionándole con entusiasmo. Acabó de una entera.

En Orizaba, el día 29, con seis toros de La Punta para «Armillita», Carlos Arruza y Antonio Toscano, se celebró una corrida de toros, en la que la Plaza se abarrotó de espectadores.

«Armillita» triunfó en su primero, haciéndole una faena eficaz, que fué aplaudida, y en su segundo redondeó su tarde cortando la oreja del toro después de una magnífica actuación.

Carlos Arruza sigue su racha de triunfos clamorosos. En Orizaba volvió a ser el torero maravilloso y su actuación se vió coronada con las dos orejas y el rabo de su primero y las dos orejas del segundo. Al terminar la corrida, el público se echó a la Plaza y le sacó en hombros.

También Toscano tuvo una buena tarde y realizó una faena muy torera a su primero, al que cortó las dos orejas. En el que cerró plaza fué despedido con palmas.

El 25, en Querétaro, se lidiaron toros de La Punta, que dieron excelente juego.

Paco Gorráez toreó su última corrida, portando lucidamente. Despidióse del público y Carlos Arruza le cortó la coleta.

Arruza continuó su serie de ininterrumpidos éxitos. Al segundo le cortó las orejas y el rabo.

Procuna obtuvo la oreja del tercero.

Durante el mes de enero, el famoso diestro mejicano Carlos Arruza toreará el día 1 en Puebla y el 4 y el 11 en la capital mejicana.

El Club Taurino Albacetense ha celebrado una conferencia, en la que intervino don Francisco Estrada, que trató el tema «Qué suerte tenemos los



La pasada semana, la Peña Martínez de Valencia agasajó al «Choni» con una comida. En la foto vemos al homenajeado con los asistentes al acto

españoles». También intervino el redactor de «Albacet», don Felipe Fariños, sobre el tema «España y los toros».

En los locales del Club Taurino Madrileño pronunció el sábado último una interesante conferencia, titulada «El pase natural», el popular sainetero don Angel Torres del Alamo. El autor, con el inolvidable Asenjo, de «El chico del cafetín» y «El brillo de los caireles», fué cronista taurino en sus tiempos de periodismo.

Torres del Alamo, en su documentada disertación, hizo gala de profundos conocimientos tauri-

nos, expresados con amenidad y certeros juicios, por lo que fué muy ovacionado por el numeroso público que asiste a estas conferencias, acierto de organización del Club Taurino Madrileño.

El que fué popular novillero Pepe Alcántara abandona la profesión, y en la próxima temporada actuará como apoderado de toreros.

Pepe Alcántara debuta como apoderado con «Cagancho», hijo.

El popular Antonio Pardo apoderará esta temporada al novillero Pepe Palacios.

En Vadollano se celebró hace unos días la retienta de cuarenta vacas de la nueva ganadería de José Pedrajas. En las faenas intervinieron el «Choni», Martorell y Rafaelito «Lagartijo».

El próximo día 4, en Córdoba, se celebrará el festival a beneficio del monumento a «Manolete», en el que actuarán los rejoneadores Pareja Obregón y Natera, los matadores «Gitanillo de Triana» y el «Choni» y los novilleros Manolo González y «Lagartijo».

El próximo día 6 los matadores de toros «Parritá» y Paquito Muñoz saldrán de Barajas, rumbo a Nueva York.

Otro de los toreros que probablemente toreará en América será Luis Mata, al que la próxima temporada seguirá apoderando Cayetano Minuesa.

El pasado sábado, en un popular restaurante, se obsequió con una comida al joven novillero madrileño Francisco Sánchez, «Frasquito», para celebrar los éxitos que el buen torero consiguió en la pasada temporada. El acto, muy concurrido, puso de manifiesto las muchas simpatías con que cuenta «Frasquito».

Cástulo Martín no volverá a vestir el traje de luces. De ahora en adelante dedicará sus actividades al apoderamiento de toreros. El primer lidiador que le ha otorgado poderes ha sido el novillero venezolano «Diamante Negro».

El señor García Patiño ha formado una nueva ganadería en la que desde hace unos días se encuentra adiestrándose el matador de toros «Vito».

Paquito Muñoz toreará en las corridas de la feria de abril de Sevilla. Se le ha requerido para que actúe en la corrida de la Magdalena, de Castellón, y en las corridas de las fallas valencianas; pero para esas fechas Muñoz no habrá regresado aún de América.

Nuestra contraportada

Suertes del toreo ANTONIO RUIZ, "Sombbrero" El pase bajo de castigo



El pase de castigo, como su nombre indica, es un recurso empleado por el espada para quebrantar la fortaleza de la res y ponerla en la forma necesaria para la suerte suprema, y a ser posible para el lucimiento del lidiador. El empleo de este pase al toro que así lo requiera y en la justa dosis que sus condiciones indiquen, revela en el espada que lo ejecuta inteligencia y buen conocimiento del proceso de la lidia. La muleta, hábilmente manejada, tiene en este pase la misión de desviar bruscamente su trayectoria. El toro intentará entonces seguir a la muleta en un esfuerzo de elasticidad que no posee, por cuya razón se quebranta el cuerpo del cornúpeto y con ello la potencia de sus arrancadas.

Al diestro Antonio Ruiz, «Sombbrero», podemos catalogarlo en este grupo de toreros inteligentes,

que supo utilizar los pases de castigo con la maestría necesaria para el buen resultado de los mismos. La meditación en los efectos de su toreo caracterizó singularmente a este diestro sevillano; jamás se abrió de capa ni movió su muleta sin reflexionar detalladamente el desarrollo y las consecuencias de sus lances. Poseía, además, el don de la oportunidad para aprovechar cuantas ocasiones se presentaban al lucimiento.

El «Sombbrero», como tantos diestros de Sevilla, empezó su formación taurina en el Matadero de esta ciudad. Excelente peón de lidia, ya por el año 1808 actuaba de medio espada al lado de Curro Guillén. A la muerte del maestro, la afición le proclamó figura principal del toreo, y su nombre apareció en los más importantes carteles, alternando con los diestros de primera fila.

El «Sombbrero» sentía la pasión política de absolutista rabioso; esto le produjo la enemistad de los públicos, que por tal motivo le injuriaba desde los tendidos, injustamente en cuanto a sus actuaciones toreras. Ello fué la causa de que fuera mermando su fama de tal forma que, como consecuencia de uno de estos escarnios públicos, desmoralizado el diestro, se retiró para siempre del toreo. Ocurrió este hecho en la temporada de 1835.

Desde 1820 a 1830 mantuvo su cartel de primera figura, pero a su gran inteligencia torera no se asoció el valor necesario que la complementara. Murió en Sevilla el 20 de julio de 1860, a los setenta y siete años de edad.

EL ARTE Y LOS TOROS

La moderna escuela del pintor JUAN ANTONIO MORALES

ESTAMOS esta vez ante la obra pictórica de un artista de la moderna generación que tiende a implantar nuevas normas en el estilo, el procedimiento y la estética de la pintura. Un artista con un espíritu juvenil y, por qué no decirlo, revolucionario, que busca para el arte un nuevo sentido y una nueva orientación. Pero una nueva orientación que no surge precisamente por una tendencia revolucionaria adoptada por snobismo o por sistema acomodaticio o circunstancial, por egoísmo conducente a llamar la atención, sino por propio y natural impulso de gustos y aficiones nacidas honda e involuntariamente de una manera natural de su subconsciente.

Juan Antonio Morales no es oportunista, y menos aún un calculador, un creador que busque lo llamativo para atraer sobre sí de una manera forzada la lógica y natural atención.

Juan Antonio Morales, para quien la pintura no es sino emoción, impresionabilidad impresionable, según cierta definición, ha tratado de que sus cuadros reflejen ese hondo concepto emocional que se desprende de toda obra concebida y hasta preconcebida tras una larga e imaginativa gestación. Las obras de Juan Antonio Morales han ido formándose previamente en su cerebro, y sólo cuando la ha tenido concebida y realizada en el pensamiento se ha lanzado por el ya fácil camino de su ejecución.

Su arte, como su pintura, reflejo del primero, no conoce esclavitudes de orientación. El solo, con una gran independencia artística, se lanza por los caminos que le brinda su primitivo y original concepto

del arte, en el que se escuda para producir su obra, que carece por completo de esa suave y lánguida meticulosidad que hace cromática a la pintura más artística y noblemente concebida. Nada hay de blando, de empalagoso o de amanezado en su producción. Toda ella responde a una directriz viril y firme, fuerte y corpulenta. Si en algún momento intenta asomarse a su pintura el reflejo de otras pinturas de este u otro tiempo que malearan el ambiente, bien pronto los pinceles de Juan Antonio Morales lo eliminan con una sola y positiva pincelada, que es como un mentís rotundo y categórico a lo que de endeble pudiera tener su artística realización. La pintura de Juan Antonio Morales nace ya mirando al futuro, a un futuro



«Torero», cuadro de Juan Antonio Morales, característico de la obra y del concepto estético que es norma en este ya notable pintor

tal vez demasiado inmediato, un futuro para el que los tiempos actuales serán toda una lección, un curso de titubeos y aprendizaje en el moderno arte de la pintura.

No es ahora cuando hemos descubierto a Juan Antonio Morales y, por tanto, esta dedicación o cultivación suya del tema taurino o derivado de la Fiesta de los toros. Hace tiempo que le conocimos otro cuadro de un torero cuya factura nos parece recordar que no era en técnica o, mejor aún, en ejecución, como el que hoy ilustra esta plana. Sin embargo, todas las rutas que conducen a un mismo fin guardan ciertas analogías y cierta semejanza, y así, no extrañará que en ese «Picador» descubramos síntomas psicológicos y hasta formaciones estéticas con aquel arte tan genial y a la vez tan discutido de José Gutiérrez Solana. Morales no se parece a Solana, y, sin embargo, ¿qué tiene este cuadro que nos recuerda el gran triunfador de la actual gran Exposición artística española de Buenos Aires? Hay algo, sin saber por qué, de conmovedor y tético en este «Picador» del ilustre artista Juan Antonio Morales. Tal vez aquella misma impresionabilidad derrochada a lo largo de toda su obra por Gutiérrez Solana; pero es que una obra que no tenga emoción, que no despierte determinadas sensaciones, no se puede considerar como una obra artística.

Podría un espíritu retrógrado poner reparos a la obra de este joven y moderno pintor dado a producir nuevas emociones estéticas; pero si así fuera, se habrá olvidado de ese empuje valeroso y de esa noble acometividad que debe ser norma, espíritu y guía de los que, como Juan Antonio Morales, han puesto los cimientos más sólidos y firmes para levantar el gran edificio de una moderna escuela.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«Picador», otra obra del pintor Juan Antonio Morales, en la que se acusan los rasgos y detalles de su moderna escuela, que señala ya una orientación





«La Tauromaquia», Goya.—Desgracias acaecidas en el tendido de la Plaza de Madrid, y muerte del alcalde de Torrejón. (Dibujo preliminar para la realización de la plancha.) (Foto Sánchez de Patacitos)



El pase bajo de castigo de Antonio Ruiz, «Sombrero»

J. Camps Hersh